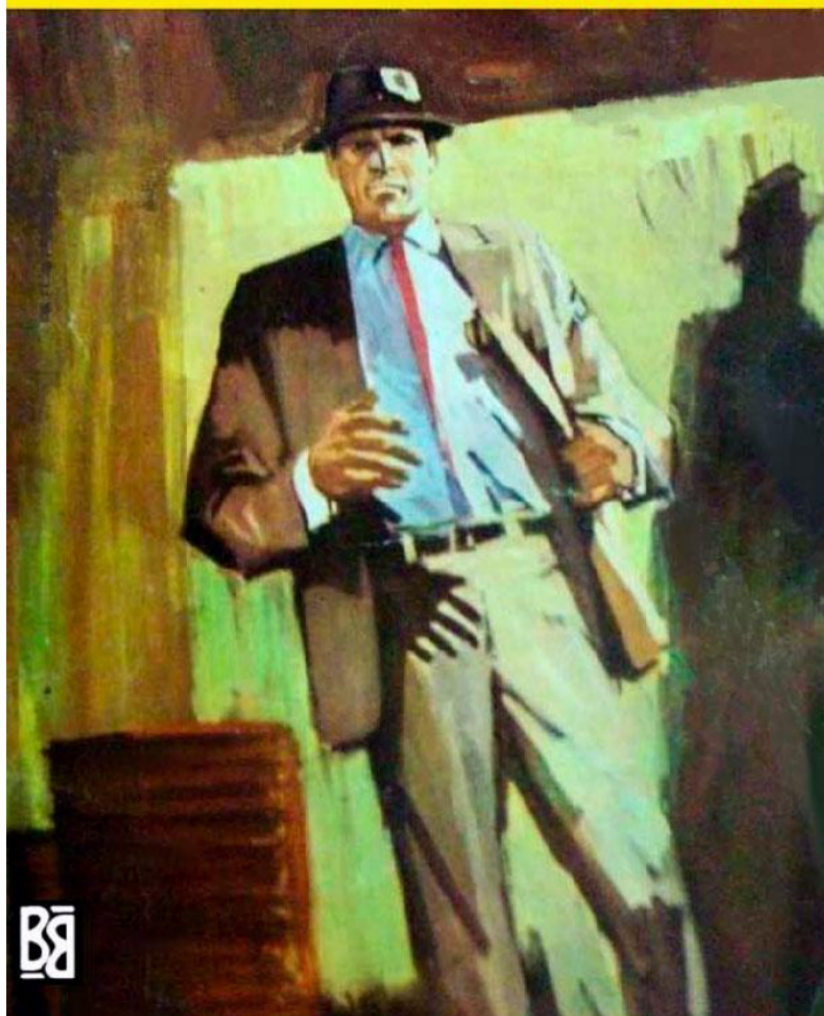


PUNTO
ROJO

la oscura sombra del miedo

burton hare



B&B



BURTON HARE

LA OSCURA SOMBRA DEL MIEDO

Colección PUNTO ROJO n.º 206

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 5.799 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo 1966

© BURTON HARE - 1966
sobre la parte literaria

©
sobre la cubierta

©
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

204 - Miedo en la noche

En Colección SERVICIO SECRETO:

813 — Contabilidad sangrienta

En Colección ARCHIVO SECRETO:

102 — Crimen sin criminal

CAPÍTULO PRIMERO

Era un paraje que hubiera hecho las delicias de un director de cine alemán de la época de *Nosferatu*. Escarpados riscos se amontonaban unos sobre otros, con manchas verdes correspondientes a las arboledas en cuyo interior se hundían los senderos, apenas visibles, que llegaban de alguna parte remota.

Una espesa niebla flotaba como un sudario húmedo y gris, impregnando las rocas de pequeñas gotas de agua que se deslizaban hacia el suelo lentamente. A intervalos, y procedentes del mar, jirones más espesos de niebla se desplazaban impulsados por el suave viento frío que venía del norte.

Al otro lado de una pequeña planicie, y tras atravesar los riscos, un pronunciado declive permitía deslizarse hacia el mar a un estrecho sendero, que serpenteaba entre los roquedales buscando los lugares más accesibles para descender a las dunas que se extendían al final batidas por la marea.

Las dunas estaban desiertas. Una menuda llovizna caía insistentemente. El suave lamento del viento semejaba el quejido de un monstruoso ser atormentado por todos los remordimientos del infierno.

A media altura de los riscos se abría una hendidura sobre la cual, y a manera de voladizo, las rocas ciclópeas formaban una protección natural contra el viento y la lluvia, pero no podían resguardar de la niebla que penetraba hasta los estrechos rincones.

—Se mete hasta en los poros de la piel —gruñó Janvoier, escupiendo el cigarrillo sin encender que había estado sosteniendo entre los labios.

Los otros dos hombres que se guarecían de la lluvia y del viento bajo las rocas hicieron un movimiento de inquietud. Sabían a qué se refería su compañero, pero la incomodidad de la niebla no era lo más importante en aquellos instantes.

Entre el lúgubre gemido del viento, llegaba hasta ellos el sordo mugido del mar, invisible desde su posición.

De nuevo fue Paul Janvoier quien gruñó:

—¿Qué hora es, Josselin?

—¿Qué te pasa, estás nervioso? —ironizó el aludido.

—¡Claro que estoy nervioso! ¿Tú no?

—Bueno, no es la primera vez que nos metemos en un jaleo de esta clase.

—No me gusta —sentenció Paul.

El tercero suspiró ruidosamente.

—¿Qué os pasa a los dos? Es una misión como otra cualquiera.

—Excepto que nos jugamos el pellejo por un *yanky* —repuso Josselin, añadiendo—: ¿Por qué no arreglan sus cosas sin complicarles la vida a los demás?

—Lo que me revienta de este asunto —retrucó Paul Janvoier con voz pausada— es lo poco que sabemos del mismo. Imagino que no les hubiera costado nada informarnos de la razón por la cual nos estamos helando aquí esta noche.

—Cuando él llegue lo aclarará.

—Si llega —rió Crémieux, el más tranquilo de los tres.

Miró la hora en la esfera fosforescente de su reloj de pulsera.

Luego masculló:

—Sólo faltan diez minutos.

Reinó el silencio, relativo si tenemos en cuenta el sollozo del viento y el rugido del mar, que parecía estrellarse bajo sus pies.

Repentinamente, como brotado de la nada, igual que surgido de las entrañas de la niebla, un hombre apareció junto a ellos en tan completo silencio que los tres pegaron un brinco. Paul movió la mano con la rapidez del relámpago y una larga automática quedó apuntando al estómago del aparecido.

Éste soltó una risita y avanzó dos pasos.

—¿Qué les pasa, muchachos, están nerviosos?

Tenía una voz profunda y suave a un tiempo. Podía ser tan fría como el hielo o burlona hasta el insulto según lo interpretara cada uno de sus interlocutores. Su acento francés era perfecto; un francés culto de París.

No obstante, había nacido en cierto pueblo de Indiana, Estados Unidos, treinta años antes de ese encuentro entre la niebla.

Al reconocerlo, Paul Janvoier gruñó:

—Pensábamos que había desistido de venir.

—No me perdería esto por nada del mundo. ¡Vaya noche! ¿Siempre tienen semejante tiempo por aquí?

—Además de hablar del tiempo —resopló Josselin—, ¿tiene usted instrucciones para nosotros?

—Seguro, muchachos. Lamento que hayan tenido que esperar tanto, por lo menos a saber los detalles generales del asunto. Vamos a recibir a ciertos amigos esta noche. Amigos que llegarán a la costa en una pequeña motora, probablemente neumática.

—¿Una motora neumática? Esa clase de cascarones son los que utilizan en los submarinos.

—Precisamente —todo vestigio de humor había desaparecido de la voz del americano—. Los que van a llegar procederán de un submarino.

—Muy bien —asintió Paul, animándose—. ¿Y qué se supone que vienen a buscar aquí?

—Un pasajero.

—¿Usted acaso?

—No; un hombre que vale infinitamente más que yo. Un individuo cuyo cerebro ambicionan los amos del submarino. Naturalmente, nosotros no estamos dispuestos a que consigan sus propósitos, ¿entiende?

—Vagamente. ¿Un científico?

—¡Y de qué talla! —Ponderó el americano—. Éste es el tercer intento que realizan para capturarlo. Dos veces en el espacio de un año han probado a secuestrarlo, una en mi país y la segunda aquí, en Francia, donde reside desde hace algunos meses por razones que ahora no es del caso detallar. Las dos fracasaron y va a ocurrir lo mismo en esta tercera...

—Entiendo —dijo Josselin—. Ahora, díganos cómo está usted tan seguro de que esa motora vendrá aquí.

—No me cabe la menor duda de ello. Ellos están seguros de que esta vez han tenido éxito y de que su prisionero está atado y amordazado en estos riscos, en compañía de tres agentes rusos, prestos todos ellos a embarcar en el submarino rumbo a su país.

Crémieux dejó escapar una risita de burla.

—De manera —dijo— que en lugar de sus compinches van a

encontrarse con nosotros, ¿eh? ¡Qué jugarreta, madre mía! Supongo que lo divertido de la misma consiste en capturar a los tripulantes de la motora...

Reinó un corto silencio. Después, la voz profunda del americano resonó, cortante como el filo de una navaja.

—No —dijo solamente.

Los otros tres trataron de cambiar una mirada en la oscuridad.

—¿No? —murmuró Paul.

—Ha llegado ti momento de escarmentar a esa pandilla —explicó el americano fríamente—. Para conseguir capturar a nuestro científico asesinaron a su secretaria y a uno de los agentes encargados de su custodia.

Todos comprendieron. Ninguno dijo una palabra. En la oscuridad, trataron de ver el rostro de su interlocutor. Sólo pudieron apreciar las duras líneas de unos rasgos que parecían tallados en piedra, casi expresivos, pero que denotaban una carencia total de emociones.

—Bueno, será mejor que tomemos posiciones —dijo el americano de repente—. Yo saldré al encuentro de los que lleguen. Hablo bien el ruso, podré tranquilizarlos en los primeros instantes. Cuando desembarquen y saquen la motora fuera del agua ustedes empezarán a disparar. ¿Alguna objeción?

Sólo Janvoier gruñó:

—No me gusta.

No hubo respuesta por parte de ninguno de los demás. Luego, todos ellos comenzaron a descender por la hendidura.

Rápidamente, una vez llegados abajo, el hombre de la CIA les indicó cuáles debían ser sus posiciones. Antes de separarse, Crémieux inquirió:

—Supóngase que alguno de los que llega conoce a los que debían salirles al encuentro. ¿Qué cree que le sucederá a usted?

—Bueno, quizá lo pase mal, pero es un riesgo que debo correr. Es mejor que se oculten ya.

—Un momento...

Crémieux alargó la mano y estrechó la del extranjero, y murmuró con voz neutra.

—Me gusta trabajar con usted. Nos enseñaron su fotografía para que pudiésemos identificarle. También nos dijeron que podíamos

llamarle Frank... Me gustaría conocer su nombre completo antes de que empiece el baile.

—Frank Murdock. Yo sé perfectamente cómo se llaman ustedes... estuve revisando sus expedientes en el Deuxième Bureau.

—De manera que fue usted quien nos eligió —refunfuñó Josselin.

—Sí.

Bueno, al diablo con todo —rió Crémieux—. Buena suerte a todos.

Y se esfumó en la oscuridad. Pocos instantes después, Frank Murdock quedó solo, agazapado tras las rocas que bordeaban las dunas de arena. Su reloj le indicó que apenas si faltaban cinco minutos para la hora de la cita.

En medio de la creciente tensión de aquellos últimos minutos de espera, evocó el hermoso rostro de Viviane, sus rojos labios y el calor de sus besos. Pensó en su última cita, en las tumultuosas horas que vivieran juntos por última vez.

Porque Viviane había muerto poco después de su cita.

Viviane había sido la secretaria del científico que tantas veces trataron de capturar los hombres que ahora iban a estar delante del punto de mira de su pistola.

Suspirando, extrajo una potente automática Mauser 44 de corto cañón, al que adaptó un eficaz silenciador SS. Descorrió el seguro y volvió a guardarla en la funda para preservarla de la humedad.

Cambió de postura. Notaba el frío penetrarle hasta los huesos. Pequeñas gotas de lluvia se deslizaban por el ala de su sombrero, brillando un instante ante sus ojos antes de caer. Refunfuñó una maldición dedicada al tiempo. Luego, sus nervios se tensaron y aguzó el oído.

Por entre el rumor del mar, cuya sucia espuma saltaba al borde de las dunas, percibió el ruido de un pequeño motor que se acercaba rápidamente. Poniéndose en pie, escrutó la oscuridad con los dientes arrastrados como un cepo.

El motor llegó cerca de la playa y se paró. Sólo quedó el monótono lamento del viento y el azotar de la marea contra las dunas.

Frank esperó todavía. Faltaba la señal.

Un agudo y corto silbido se elevó repentinamente. Fue apenas

un segundo. Nadie que no hubiera estado aguardándolo habría oído semejante sonido.

Había llegado el instante definitivo. El hombre de la CIA se apartó de las rocas, saliendo al descubierto. Cambió la automática de la funda al bolsillo derecho del impermeable. Con la mano izquierda manejó una potente lámpara eléctrica y envió tres rápidos destellos hacia la oscuridad del mar. Esperó un par de segundos y repitió la señal. A continuación, y a intervalos calculados, estuvo emitiendo destellos aislados, de uno en uno, hasta que el silbido, tan agudo y tan breve como el primero, le respondió. Entonces guardó la linterna.

Maldijo para sus adentros a la niebla, que restaba visibilidad. Pero se mantuvo quieto, aguardando algo que muy bien podía ser la muerte.

Sus tres ayudantes, cada uno en su escondrijo, pensaban en aquel hombre cuya figura apenas vislumbraban en la oscuridad como una mancha de niebla un poco más negra. Crémieux sonrió para sí. A escasas yardas de distancia, escuchó un leve chapoteo y una voz seca y gutural que preguntaba algo en un idioma desconocido para él. Luego, la voz de Frank respondió en el mismo lenguaje...

Frank Murdock avanzó al encuentro del primero de los tres hombres que había saltado a la playa. Los otros dos hicieron lo mismo, pero en lugar de avanzar se ocuparon en asegurar el bote neumático provisto de motor fuera borda.

El ruso llegó a poca distancia del americano. Éste pronunció una frase convenida. El otro asintió, pero se detuvo en seco. Había logrado ver ya la cara de su interlocutor y no pudo contener una exclamación de alarma que obligó a sus dos compinches a desentenderse del bote y girar en redondo.

El ruso fue el primero en disparar. Un arma de gran potencia retumbó en la noche como un trueno, ahogando al viento y al mar y a la tierra toda.

Frank dio un salto, arrojándose sobre las dunas y disparando a un tiempo. El silenciador de su Mauser apenas si produjo un ligero *plop* por cada balazo.

Las armas de los agentes franceses entraron en liza también, concentrando su fuego contra los dos extranjeros que corrían

apartándose de la lancha.

La pistola del primer ruso había enmudecido detrás del primer disparo. Las balas de Frank no le dieron tiempo a disparar por segunda vez.

La batalla apenas si duró unos segundos. Las armas de los agentes estaban todas provistas de silenciador. Sólo las de los intrusos retumbaron, pero escasas veces. La trampa había funcionado con tanta efectividad que apenas unos segundos después del primer disparo todo volvía a estar en silencio, igual que antes.

O casi igual.

Tres cadáveres se desangraban sobre la mojada arena de las dunas.

Crémieux y Janvoier fueron los primeros en llegar al lado del hombre de la CJA, cuando éste se levantaba mascullando algo entre dientes.

—¿Está usted bien? —jadeó Crémieux.

—Creo que sí... ¿Alguno de ustedes ha resultado herido?

Paul gruñó:

—Todos nos encontramos bien. ¿Qué hacemos ahora? No podemos dejar aquí a estas carroñas.

—Tengo cierto proyecto para ellos. El submarino, según mis informes, se encuentra aguardando a unos seiscientos metros de la costa... Vamos a devolverles su embajada. Cazarán el bote guiándose por el sonido del motor. Ayúdenme.

Rápidamente, colocaron los tres cadáveres dentro de la reducida lancha. Frank examinó sus bolsillos, sin sorprenderse al encontrarlos totalmente vacíos. Tras esto, empujó el bote y puso el motor en marcha.

Tuvo que penetrar en el agua hasta la cintura para enderezar el rumbo de la embarcación, tras lo cual embragó el motor y la dejó suelta.

Oyeron el petardeo apagado esfumándose en la distancia. Aquella especie de ataúd flotante iba a dar mucho que pensar a los grandes jefes del espionaje ruso en Europa...

—¿Nos vamos? —propuso Crémieux—. Este lugar me da dentera.

—Todavía no. Guarden silencio —recomendó Frank.

El ruido de la lancha se había extinguido ya en la distancia. Las

olas, un tanto alborotadas, se deshacían contra las dunas en una catarata de espuma en la que flotaban restos de algas, ensuciando la playa. El viento cobraba violencia por minutos. Era cada vez más frío. Crémieux se estremecía de vez en cuando. Lo achacó al frío. Quizá fuera por otras causas.

Pasaron diez minutos de angustiosa espera. Y entonces, en alguna parte de aquel mar cubierto de niebla, se escuchó un violento gorgoteo, como el de un animal gigantesco sumergiéndose a toda prisa.

—Bien —gruñó Frank, conteniendo los estremecimientos de frío que le asaltaban—. Podemos largarnos. Nuestra embajada ha llegado a destino. Estoy temblando... y empapado. Un trago me sentaría de maravilla.

Se alejaron apresuradamente, sin hablar, cada uno sumido en desagradables pensamientos.

Frank evocó una vez más a la hermosa Viviane. Los otros le oyeron mascullar:

—Y bien, pequeña; ya han caído tres... Tú valías por trescientos.

Pero como habló en inglés, y muy bajo, los demás no pudieron entenderlo.

Como sombras, se perdieron en la niebla al encaramarse por los escarpados riscos. El gemido del viento se hizo más intenso, más sollozante si cabe...

La noche se estremeció.

CAPÍTULO II

Dos días después del episodio de las dunas, Frank Murdock abrió los ojos al sentir sobre ellos la caricia del sol de París. Parpadeó varias veces y quedóse mirando el viejo techo del pequeño apartamento que tenía alquilado en la Rue du Banch. Pensó en los últimos acontecimientos. Había remitido un informe detallado y al parecer se presentaban unos días de paz y sosiego.

Suspiró. Le gustaba París, le gustaba perderse en sus callejuelas, deambulando sin rumbo, extasiándose en la contemplación de sus mujeres, dejándose acariciar por el suave airecillo de la primavera.

Se asombró de la diferencia del clima de París con la pastosa niebla de la costa norte, donde sólo dos noches antes había tiritado de frío.

Y, naturalmente, pensó también en la pobre Viviane.

Entonces sonó el teléfono y Frank dio un respingo.

—Hable —gruñó a través del auricular.

Una voz que él conocía a la perfección dijo, sin aparentar ninguna emoción:

—Lo han conseguido, Murdock.

No comprendió.

—¿Han conseguido qué? —resopló—. ¿Y de quién me está hablando?

—Ya sabe a quién me refiero. Es una situación endiabladamente mala para nosotros.

El corazón del hombre de la CIA sufrió un momentáneo colapso. Casi se ahogó.

—¿Se refiere usted a nuestro amigo Charly?

—Exactamente.

Por unos instantes creyó que no había oído bien. Charly era el nombre en clave del científico que había causado todos aquellos problemas últimamente.

Quizá el viejo quisiera gastarle una broma...

—No puedo creerlo —masculó.

—Vamos a tener que movernos, y pronto. ¿Cuánto tardará usted en llegar al lugar de costumbre?

—No más de veinte minutos.

—Apresúrese.

Sonó un chasquido, Él depositó el auricular en el soporte y se lanzó fuera de la cama sintiendo un extraño vacío en el estómago.

El hombre había rebasado los cincuenta años. Una revuelta cabellera completamente gris le daba un aspecto casi venerable. Espesas cejas en forma de cepillo, también grises, medio ocultaban sus vivos ojillos, escrutadores y despiadados. Uno tenía la sensación, en su presencia, de que, a pesar de su inofensivo aspecto, aquel individuo carecía de nervios y, tal vez también, de escrúpulos.

Frank lo miró largamente después de los saludos. Finalmente masculó:

—Está bien, suéltelo de una vez.

—No tengo información completa todavía —rezongó el hombre en cuyas manos estaba buena parte de la seguridad de Occidente—. Sin embargo, Murdock, el profesor David Ellison ha desaparecido.

—¿Cuándo exactamente?

—A primeras horas de esta noche pasada.

—¿Raptado?

—No.

Frank enarcó una ceja. Eso era todavía más sorprendente.

—¿Cómo entonces?

—Ya le digo que no lo sé. Al parecer, dio esquinazo a los hombres encargados de su seguridad y se esfumó.

—Tonterías, señor. Usted sabe tan bien como yo mismo cuáles son los sentimientos del profesor Ellison hacia los rusos.

—Eso no es importante ahora. Sabemos que no ha salido de Francia todavía. Posiblemente, esté escondido en algún lugar de los alrededores de París... Todos nuestros agentes en Europa están concentrados aquí, rastreando su pista. Los Servicios franceses han puesto en movimiento sus efectivos, todo lo cual va a dificultar el traslado de nuestro hombre, ¿entiende?

—Siga.

—Bien, he pensado que usted puede trabajar solo, de manera

completamente independiente, tal como está acostumbrado a hacerlo. Para eso...

—¿Partiendo de dónde? —le interrumpió el joven.

—Ha habido ocasiones en que ha empezado con menos de cero, ¿no es cierto, Murdock?

—Bueno, pero este caso es distinto. No disponemos de tiempo para buscar un indicio desde el cual empezar.

—Tenemos ese indicio... suponiendo que lo sea. Ayer, poco después del mediodía, una mujer acudió al apartamento del profesor. Automáticamente fue fotografiada por nuestras cámaras ocultas. Según explicó, su llamada fue una equivocación. Buscaba a otro ocupante del mismo edificio.

—¿Comprobaron eso?

—Naturalmente. Buscaba a alguien llamado Saint-Hubert. Efectivamente, hay un inquilino de ese nombre, aunque se encuentra de viaje desde hace una semana, de manera que la equivocación puede ser cierta o puede no serlo. A usted le corresponderá averiguarlo.

—¿Dónde se supone que está Saint-Hubert?

—En la Costa Azul.

—¿Comprobado?

—No ha sido posible hasta el momento. Están trabajando en ello.

—Y bien, ¿qué puede decirme de la mujer?

—Creo que le gustará a usted —rezongó el viejo entre dientes, con una voz no exenta de cierta ironía—. Tiene todo lo que se supone que debe de tener una mujer que actúa en el Folies...

—¡No me digas!

—Gracias a la fotografía, fue fácil identificarla. Se llama, o se hace llamar artísticamente, Veronique La Belle. La encontrará en el Folies todas las noches... Mejor dicho, esta noche. No podemos desperdiciar el tiempo.

—Supongamos que es ajena al caso, que realmente andaba buscando a ese Saint-Hubert por cualquier razón perfectamente lícita.

—Habría sido un tiro fallido y una lamentable pérdida de tiempo. Pero de momento es cuanto tenemos.

—¿Cómo me presentaré a ella, señor?

—Utilizaremos el método acostumbrado. Pondré a uno de los muchachos para que le secunde. Es un viejo truco pero casi siempre da resultado.

—¿Qué hay de los gastos?

—Sin límites si ve que puede conseguir resultados.

—Otra cosa, señor. ¿Puedo contar con la debida protección en caso de excesiva... violencia?

—No. Ya hemos tenido suficientes dificultades en este país.

—Ya veo. ¿Debo entender que he de comportarme con guante blanco?

—Éste... Bueno, yo no he dicho eso. Tiene usted carta blanca.

—Pero careceré de protección... No me gustaría comprobar personalmente si todo lo que se cuenta de las cárceles francesas es cierto.

—Ahora márchese, Murdock. Y buena suerte.

—Hay algo más que me intriga, señor. Si el profesor ha dado el salto por su propia voluntad, y suponiendo que cualquiera de nosotros consiga localizarlo, ¿cuál deberá ser nuestra actitud si él persiste en la suya?

—¿Es preciso que le enseñe a «usted» cómo debe manejar a un recalcitrante?

Frank asintió con un gesto y una mueca.

—Comprendo —gruñó.

Abandonó la pequeña casita de las afueras un tanto desconcertado.

No podía comprender cómo el enemigo había actuado con tanta celeridad y perfección sólo veinticuatro horas después del descalabro en las dunas. Era indudable que el profesor no deseaba ser apresado por los agentes rusos, ya que él mismo había dado aviso a su escolta de los movimientos sospechosos del hombre que había iniciado los tanteos. No obstante, después de eso, daba esquinazo a esos mismos encargados de protegerle y desaparecía sin dejar el menor rastro.

Absurdo.

—Debe estar chalado —murmuró Frank, al poner el coche en marcha, alejándose del oscuro paraje.

El auto, un Volvo tipo *sport* con el motor trucado, se deslizó por la carretera a poca marcha. Frank necesitaba tiempo para pensar.

Saint-Hubert... No recordaba haber oído jamás ese nombre. Posiblemente era un acomodado hijo de buena familia, y el único interés de la estrella de Follies hacia él se debería a motivos estrictamente económico-amorosos.

¿Por qué habría colaborado el profesor con el enemigo, huyendo?

No tenía sentido.

«Veronique La Belle».

Vaya nombre...

Sonrió al pensar en el viejo. Había hablado de la mujer casi con entusiasmo. Eso era realmente inusitado en él, que nunca se excitaba por nada ni por nadie.

Sólo había un nombre en todo el mundo capaz de sacarlo de sus casillas.

Subanoff.

El auténtico jefe del espionaje ruso para Europa, el hombre más despiadado, cruel y sin escrúpulos que jamás hubiera existido en la despiadada, cruel y poco escrupulosa carrera de los espías y contraespías.

En realidad, el viejo consideraba a Subanoff su enemigo personal. Por algo era el único que había conseguido derrotarle en dos ocasiones...

—Un par de lobos sanguinarios —masculló Frank en voz lo suficientemente alta como para escucharse a sí mismo.

A juzgar por la manera como se habían precipitado los acontecimientos, calculó que el comandante del submarino a quien le había enviado su macabra embajada debió radiar un informe en el mismo instante de sumergirse, lo cual contribuyó a desencadenar el inesperado desenlace.

—Ojalá hubiésemos hundido el submarino —siguió monologando.

Al adentrarse por las concurridas calles de París, ya no le parecieron tan encantadoras como unas horas antes. Su estado de ánimo había dado un viraje de noventa grados...

CAPÍTULO III

A pesar de nombre, el local no tenía nada que ver con el célebre Folies Bergere. Frank comprobó eso can pronto se detuvo ante la fachada que daba cobijo a la entrada, a ambos lados de la cual se alineaban una colección de fotografías de mujeres, todas ellas cubiertas sólo por las prendas imprescindibles para no ser retiradas de cartel.

Al entrar, comprobó que el Folies era una especie de *cabaret* más bien pequeño, con multitud de mesas diminutas esparcidas estratégicamente en un salón cuadrado, en el centro del cual una no menos diminuta pista de baile permitía apretujarse a media docena de parejas.

Un pequeño estrado daba cabida a una orquesta cuyos miembros vestían atuendo tropical. Estaban interpretando una desenfrenada rumba, aunque maldito si nadie les hacía el menor caso.

Frank dio una vuelta por todo el establecimiento, familiarizándose con el lugar. Trató de identificar al enviado del viejo, pero no lo consiguió. Sin embargo, no cabía duda de que el hombre debía estar ya allí, con precisas instrucciones y conociéndole bien a él, aunque sólo fuera por medio de una fotografía.

Finalmente, dejóse caer en una silla, junto a una de las pequeñas mesas. Pidió un *whisky* y cuando el camarero se hubo alejado encendió un cigarrillo disponiéndose a esperar.

Extraña profesión la suya, monologó para sí. Siempre entablando conocimiento con gentes extrañas, peligrosas, llevándolas unas veces a la muerte, otras al deshonor...

Un mundo de perros, se dijo.

Entonces la vio. Era una mujer de unos treinta años, tan espectacular como un castillo de fuegos artificiales. Tenía una cabellera roja como un incendio, una cara sumamente bella cuya

expresión, entre soñadora y ardiente, hacía pensar en noches de amor inolvidables. Poseía el cuerpo más bien delineado que Frank recordaba haber contemplado en todos los días de su vida, y sabía perfectamente cómo vestir y cómo moverse para que esa perfección saltara a la vista.

La vio sortear las mesas entre voraces miradas de los hombres, sonriendo de manera ausente. Frank estuvo seguro de que se trataba de su objetivo. Lo supo con tanta seguridad como si acabaran de presentarlos. Y comprendió aquella especie de entusiasmo con que el viejo había hablado de la mujer.

Al pasar cerca de su mesa, sus ojos se encontraron fugazmente. En los de la hermosa no hubo más que indiferencia, tal vez, según él creyó captar, un poco de tristeza también. No obstante, Frank sonrió y ella desvió la mirada.

Dudó entre seguir quieto o volverse en la silla para seguir contemplándola. Pensó que eso demostraría un interés excesivo dadas las circunstancias, de manera que permaneció quieto, saboreando el *whisky* que el camarero acababa de depositar sobre la mesa.

Y entonces estalló la voz, detrás suyo. Resultó un acento ronco y provocativo, tan desagradable como el chirrido de una sierra.

La voz exclamó:

—¡Hola preciosa! Siéntate conmigo... aquí...

No cabía duda de que era la voz de un borracho. Frank volvió la cabeza.

Un hombre de aspecto ordinario y rudo había logrado sujetar a la bella desconocida por la muñeca y tiraba de ella hacia una silla que había a su lado.

El beodo insistió:

—¡Vamos, Veronique, no seas arisca...! ¿Sabes cuántas noches he esperado que me hicieras caso?

—¡Suéltame, bruto!

Frank se dijo que la voz de Veronique era realmente una música, a pesar de su indignado acento.

El desconocido dio un tirón y la muchacha cayó sentada en la silla libre. Frank empezó a levantarse.

Un camarero acudió presuroso, intentando poner paz. Todo lo que consiguió fue un empujón que lo mandó dando tumbos al

centro de la pista de baile.

El hombre de la CIA carraspeó. Llegó al lado de la mesa donde se desarrollaba la trifulca. No podía estar seguro de que aquel individuo fuera precisamente el que debía darle la réplica en la especie de comedia que iba a desarrollar, pero tanto si era él como si no, la ocasión era perfecta.

Oyó a la mujer que mascullaba:

—¡Asqueroso borracho! —añadió otro insulto un tanto más expresivo y acabó con un grito, al sentir en su muñeca la despiadada presión de unos dedos como garfios.

De un vistazo, Frank valoró la situación. Oyó al borracho cómo decía torpemente:

—Me gustas... eres una linda gatita... con hermosas uñas...

—¡Déjela en paz, compañero!

El tipo levantó la cabeza. Su turbia mirada tropezó con la imponente mole del hombre que se erguía peligrosamente cerca.

—Lárguese —tartajeó—. Yo la he cazado primero... Me gusta...

—Y a mí, y a cualquiera que tenga ojos en la cara. Pero no es ésa la manera de demostrarle a una mujer que le gusta a uno. Suéltala de una condenada vez.

Por toda respuesta, el tipo dio un tirón y la muchacha estuvo a punto de caerse en el regazo. Dejó escapar un grito de protesta. Frank se inclinó hacia delante. Su mano cayó sobre la nuca del individuo y se cerró allí con la fuerza de un cepo.

—Vamos, compadre; un poco de aire te sentará bien.

El hombre dio un chillido de dolor e ira, soltó a la mujer y se levantó con más agilidad de la que cabía esperar de un beodo. Su puño voló en busca del mentón de su enemigo, pero falló al ladear éste la cabeza.

—Bueno, bueno... —masculló Frank.

Disparó un zurdazo que fue a hundirse en el estómago del agresor, con tanta fuerza que amenazó con salirle por la espalda. Tras esto, un mazazo al mentón lo levantó del suelo, arrojándolo contra una mesita, que derribó haciéndola pedazos.

El borracho rebulló débilmente en el suelo. Un hilillo de sangre se deslizaba de la comisura de los labios. Sus ojos como dardos se clavaron en el tipo que tan duramente acababa de derrotarle y al fin logró sentarse en el suelo.

Frank se inclinó sobre él, lo agarró por las solapas, levantándolo, y sin soltarlo le mostró el camino de salida, mascullando amenazadoramente:

—Lárgate y no vuelvas ni la cabeza o te la arrancaré de cuajo. Vamos, muévete.

El tipo hipó. Con voz que apenas si fue un susurro dijo:

—No necesitaba hacerlo tan real, maldita sea...

Tras esto, echó a andar tambaleándose y desapareció tras los cortinajes que cerraban el vestíbulo.

Tras él, un camarero murmuró con voz contrita, casi al oído de Frank:

—¡Ese tipo... no ha pagado la bebida...!

—No se preocupe. Puede cargarla a mi cuenta.

Se volvió. Veronique estaba mirándole con expresión inescrutable. El agente creyó advertir que la tristeza en su mirada se había agudizado.

No obstante, ella murmuró:

—Gracias. De vez en cuando se encuentra una con borrachos así...

—No se necesita estar borracho para perder la cabeza por usted. Él la ha llamado Veronique. ¿Es ése su nombre, realmente?

—Sí.

—El mío es Frank... Soy americano. ¿Puedo invitarla a mi mesa?

—Gracias otra vez, pero trabajo aquí. Debo cambiarme de ropa todavía.

—¿Más tarde quizá?

—¿Desea cobrarse el favor, señor americano?

—Bueno, no es eso exactamente, aunque me gusta que me dé las gracias. Pero deseo beber champaña y detesto hacerlo solo.

—Veré si dispongo de un par de minutos, después de mi actuación.

Se fue, sorteando las mesas con un andar cimbreado, y él regresó a su mesa, donde apuró el *whisky* y encendió un cigarrillo, pensativo.

Sin saber por qué, se sintió deprimido. Un sentimiento extraño teniendo en cuenta las circunstancias.

CAPÍTULO V

Frank Murdock comprobó que la actuación de Veronique se limitaba a interpretar un par de canciones susurrantes, exhibiendo simultáneamente la mayor extensión posible de su espectacular anatomía.

Sin embargo, sabía cantar y tenía la voz ideal para aquel tipo de música. Fue premiada con una cerrada tempestad de aplausos, la mayor parte dedicados a los encantos que tan generosamente había regalado a los espectadores. Luego desapareció tras unos cortinajes de terciopelo rojo.

Frank llamó al camarero, encargando una botella de champaña muy frío. Estaba seguro de que ella acudiría a su invitación.

Tardó diez minutos en hacerlo. El traje de noche que vestía había sido diseñado para realzar la majestuosa belleza de sus líneas. El gran escote dejaba ver la nacarada suavidad de su piel, y un pequeño collar de perlas lanzaba destellos sobre ella como un mudo homenaje a tanta perfección.

—Veo que ha encargado usted el champaña —murmuró al tomar asiento—. ¿Tan seguro estaba de que aceptaría su invitación?

—Por lo menos, razonablemente seguro. Me sentía deprimido y sólo sin razón aparente. Siempre que experimento ese estado de ánimo, por lo general, sucede algo. Bien... usted es el suceso esta vez.

—¿Deprimido? —Esbozó una sonrisa—. No estará arrepintiéndose por haber golpeado a un borracho.

—No se trata de eso. Ni siquiera me acordaba de él.

—Es un extraño sentimiento para experimentarlo en un lugar como éste.

El camarero apareció y procedió a descorchar la botella. Seguidamente, llenó las copas y se retiró discretamente. Hasta que lo hubo hecho no replicó él.

—Temo que no me comprenda usted, Veronique. Además, tiene usted toda la razón del mundo; éste no es el lugar adecuado para sentirse solo.

Levantó la copa y brindaron en silencio. Frank necesitó esforzarse para aparentar una alegría que no sentía. Encaminó la conversación por trillados caminos de galantería, habló despreocupadamente de mil temas fútiles. Ella colaboró en aquella especie de esgrima verbal con creciente entusiasmo, quizá producido por el champaña. Cuando la botella se hubo agotado, tanto el uno como el otro daban la impresión de conocerse desde hacía años.

Entonces, él propuso encargar otra botella.

Veronique murmuró:

—Ya es suficiente, Frank.

—Pero es muy pronto todavía —protestó—. Apenas si ha empezado la noche.

—Tengo que actuar otra vez dentro de unos minutos. Después quizá podamos encontrar otro lugar donde seguir hablando.

—Eso me parece magnífico. ¿Conoces ese lugar ideal por casualidad?

—Tal vez —dijo, levantándose—. Vivo en un pequeño estudio de la Rue des Saints Peres, no lejos de aquí...

Se alejó para cambiarse de indumentaria. Frank quedóse mudo, asombrado de aquellas últimas palabras.

Quizá, después de todo, no hubiera en verdad razón alguna para sentirse deprimido...

Algún tiempo antes, el estudio debió pertenecer a un pintor. Todavía quedaban en él un caballete, una tela abocetada en una pared, y algunos jarrones sucios de colores al óleo con algunos viejos pinceles, todo lo cual servía de motivo decorativo para darle carácter.

Por lo demás, estaba amueblado con cierto lujo y gran profusión de detalles femeninos en extremo.

—En la cocina hay un refrigerador —anunció Veronique al entrar—. Tendremos bebidas frías.

—Ésa es una gran noticia.

Mientras ella desaparecía para prepararlas, el hombre dio un vistazo por el ventanal. Un mar de oscuros tejados se extendía a su

alrededor. Las amarillentas luces de las buhardillas de las casas vecinas esparcían un resplandor triste sobre las tejas. Ese espectáculo no mejoró su estado de ánimo.

—Espero que mis dotes de barman sean de tu gusto Frank...

Giró sobre los talones. Ella había depositado dos altos vasos sobre la baja mesita. Ambos tomaron asiento en unos taburetes pequeños y no más altos que la mesa.

Veronique bebió un sorbo. Luego levantó la cabeza y sonrió preguntando:

—¿Todavía te sientes solo y deprimido?

—No te burles, preciosa. Algunas veces el pensamiento se aleja de uno y vuelve atrás. ¿No te ha sucedido nunca?

—Sé lo que quieres decir. Una recuerda entonces cosas que hubiera preferido olvidar para siempre, es como sumergirse en una larga noche y ver que las sombras desaparecen, para mostrarnos esas imágenes olvidadas...

—Algo así es lo que yo quiero decir. Son como sombras transparentes, igual que fuegos fatuos que se arrastran hasta los más remotos confines de un mundo perdido en el fondo de la mente... En esas ocasiones, uno quisiera estar solo para recordar las cosas que se hicieron y no debieron hacerse, a las mujeres que se besaron y a las que se deseó besar, y esas pequeñas cosas que nunca se harán a pesar de desearlas. Es un estado de ánimo irrazonable, ¿no crees? El hombre que se halla bajo su influjo corre peligro.

—O la mujer... —murmuró Veronique, soñadoramente.

—No me digas que tú sientes lo mismo esta noche, pequeña.

—Por lo menos, experimento algo semejante, una especie de hechizo que no puedo controlar.

—Quizá lo que necesitas es un poco de emoción, ¿eh?

Veronique le miró con el ceño fruncido.

—Me pregunto si el que lo necesita no eres tú.

—No me vendría mal —reconoció él, alegrándose—. Aunque sólo fuera para disipar esa especie de sensación depresiva.

—El amor es también una emoción, querido. A veces una emoción violenta inclusive.

—También aceptaría un poco de amor, Veronique.

—¿Echo el cerrojo a la puerta entonces? —rió la mujer.

—No te precipites. Puedo aceptar un poco de amor platónico si

crees que eso podría llevarnos a alguna parte.

Bebió un trago. Al apartar el vaso de los labios, sus ojos se encontraron con los de la muchacha y sintió un estremecimiento. Realmente, había tristeza en ellos.

—¿Te he contagiado acaso, querida?

Ella sufrió un sobresalto.

—¿Contagiado?

—Me refiero a tu tristeza.

—No estoy triste. ¿Lo parezco acaso?

—Sí.

—Frank, tienes telarañas en la mirada.

Se levantó de su escaño y, acercándose a dónde estaba él, se acurrucó sobre la alfombra, junto las largas piernas extendidas.

Frank murmuró:

—Veronique.

Ella levantó la cara. El hombre alargó las manos y tomó aquel rostro entre ellas, mirándola profundamente a los ojos. Poco a poco, inclinándose, la besó en la boca.

Ella se estremeció. No opuso ninguna resistencia. Pero sintió el fuego de aquel beso penetrar hasta lo más profundo de su ser.

Al dejarla libre, él dijo con voz contenida:

—No era eso exactamente lo que deseaba decirte... Ha sido un impulso incontrolable.

Ella sonrió, pero no dijo una palabra.

Repentinamente, Frank le soltó el rostro y apuró el resto de su bebida de un solo trago.

—Traeré más —murmuró la mujer, levantándose.

—Es mejor que traigas la botella para ahorrarte viajes.

Cuando ella hubo desaparecido, Frank se levantó y dio unos pasos de un lado a otro, mirando distraídamente a su alrededor. No estaba satisfecho consigo mismo, ni siquiera sabía qué podía esperar de la noche que avanzaba al otro lado del ventanal como un fantasma negro e implacable.

Se detuvo junto al caballete. Confusamente, se dijo que sería curioso saber qué telas se habían pintado en él, qué éxito o fracaso habían representado para sus autores...

Y de repente se puso rígido.

Acababa de descubrir el delgado cable que se deslizaba por

detrás del caballete, yendo a perderse en la pared, junto al zócalo. Dio un rápido vistazo a la puerta de la cocina. Oyó a Veronique trastear en ella.

De un salto estuvo detrás del caballete. El hilo parecía nacer precisamente en la madera del travesaño superior. Absurdo.

Pero al otro lado del travesaño había el grueso tornillo de sujeción para graduar la abertura del soporte. Fijándose con mayor atención, descubrió que la cabeza del tornillo no era maciza, sino que estaba formada por un finísimo enrejado metálico.

«Un micrófono diminuto», masculló para sí.

Cuando Veronique regresó, lo encontró sentado de nuevo en el pequeño escaño, encendiendo un cigarrillo.

Escanció el licor allí mismo, en los vasos. Frank observó que los labios de la muchacha temblaban. Quizá fuera por efecto del beso.

Tomó el vaso distraídamente.

—Eres una mujer extraña, Veronique —comentó suavemente.

—¿Tú crees?

—Seguro. Y no me cabe duda de que hay tristeza en tus ojos. Soy muy observador, ¿sabes?

—Estás diciendo tonterías, y no puede ser que sean inspiradas por la bebida. No estás ni medianamente borracho todavía.

—Hay tiempo suficiente para llegar a estarlo...

Ella volvió a ocupar la misma posición anterior, junto a sus rodillas, sobre la mullida alfombra. Frank bebió largamente, hasta vaciar la mitad del contenido del vaso.

Tras dejar este sobre la mesilla, inclinóse sobre la muchacha. Esta vez, fueron los labios de ella los que subieron a su encuentro.

El hombre sintió una extraña sensación de debilidad. El beso pareció elevarle a alturas infinitas, turbándole. Notó cómo los labios de Veronique se movían rozando los suyos, formando palabras tal vez, pero sin sonido.

—Veronique...

—Frank, Frank...

Fue un débil susurro, un cosquilleo junto a su boca.

—Sí... —dijo, sintiéndose indefenso como un niño entre los brazos de la muchacha.

Y ella añadió, tan quedo que Frank no pudo estar seguro de haberla oído realmente:

—Tenías razón... Hay tristeza en mí... y miedo también.

Nunca supo si ese murmullo sonó realmente en sus oídos. Hubo un súbito apagón de todas sus facultades y se sintió caer muy hondo. Las náuseas le ahogaron y él siguió dando tumbos en un abismo de oscuridad espantoso.

Finalmente, la negrura pareció aprisionarle con más fuerza y entró en el mundo vacío y muerto en el que no había nada, ni recuerdos siquiera.

CAPÍTULO V

Volvió en sí al sentir el repentino frío del agua. Confusamente, comprendió que se hundía en la corriente sucia del Sena y supo que aquello era la muerte.

Luchó frenéticamente con su mente antes que con el peligro. Necesitaba razonar con claridad antes de que fuera demasiado tarde.

No obstante, las aguas se cerraron sobre él como negra caverna del terror. Y sólo entonces empezó a luchar contra el horrible espectro de las profundidades del río. Sabía que estaba consciente, que sus facultades volvían a él acuciadas por las ansias de sobrevivir.

Sin embargo, todo seguía tan oscuro como el negro abismo en que había estado sumido en las últimas horas.

Advirtió que sus muñecas estaban atadas a la espalda. Comenzó a patear furiosamente, obrando por puro instinto. Había algo en su interior que le impulsaba a luchar, a no rendirse a la gorgoteante muerte que le envolvía con sus fríos brazos líquidos. Un sentido primitivo de conservación, de supervivencia...

Las aguas le arrastraron hacia abajo a pesar de sus desesperados esfuerzos. Sintió el pestilente sabor de la suciedad en la boca y sus pulmones recibieron una carga líquida en lugar de aire. Redobló sus esfuerzos, notando cómo las escasas fuerzas que habían acudido a la llamada de su instinto se agotaban vertiginosamente.

Hasta que, repentinamente, dejó de hundirse. El salvaje pateo de sus piernas estaba remontándole a la superficie.

Cuando consiguió sacar la cabeza fuera del agua, sobre él danzaron las lejanas luces de la orilla, tan inaccesibles como si estuvieran en la superficie de la luna. Pero podía verlas. Eso le dio una leve esperanza.

Se hundió nuevamente, y nuevamente luchó para seguir

viviendo.

Una vez más, su cabeza emergió sobre las aguas. Confusamente, distinguió los oscuros muros por entre los cuales discurría el río, con sus altas barandillas, las débiles y lejanas luces, las escaleras de piedra...

Todo tan lejano que se le antojó una quimera alcanzarlos.

No podía detener el frenético movimiento de sus piernas ni un momento, de lo contrario se hundía como un plomo. Sus articulaciones le dolían de manera endiablada, aunque eso no le importaba mucho porque en realidad todo su cuerpo era un latido de dolor.

Desesperado, se hundió una vez más, y de nuevo logró salir a flote, mucho más débil, con el horrible sabor en la boca, sintiéndose arrastrar hacia las profundidades por la mano de un gigante.

Su visión nublóse poco a poco. La fatiga estaba vencién-dole, y la fatiga era la muerte sin la menor duda. Cerró los ojos, casi inconsciente de nuevo, dispuesto a abandonarse, a no luchar más contra una muerte helada que se cerraba sobre él por unos instantes.

Y entonces creyó percibir aquella voz llamándole.

Creyó haber escuchado su nombre:

—¡*Frank!*

Una voz surgiendo de la muerte. Una pesadilla, seguro...

Pero pataleó, llamando en su auxilio los últimos restos de energía que le quedaban. Vio que lograba acercarse un poco al oscuro muro sobre el cual discurría la vida, tan cerca, y, sin embargo, tan lejos...

—¡*Frank!*

De nuevo la voz.

La había oído.

¡La había oído!

Un sordo rugido escapó de su contraída garganta. Quiso gritar, pero la dura mordaza que cubría su boca lo impidió. Todavía pudo sacar algunas energías para impulsarse hacia la orilla. Si la voz no fuera una pesadilla, un adelanto de las que sufriría en la muerte...

Y de pronto experimentó un terrible calambre en sus extremidades. Los músculos no le obedecieron. El dolor se extendió en oleadas por todas las partículas de su cuerpo.

Supo que había llegado su fin. Semiinconsciente, lamentó que la muerte le llegara de manera tan ridícula y sucia, sin gloria, sin posibilidad de luchar contra el adverso destino...

—¡Frank, Frank...!

La voz se hundió con él entre el chapoteo de las terrosas aguas de la orilla. Todavía percibió un violento remolino cerca de él, un sordo golpe y luego todo acabó.

Lo primero que advirtió fue que no estaba muerto. Eso le produjo unos deseos locos de gritar de entusiasmo. También descubrió que estaba fuera del agua, tendido de espaldas sobre las duras piedras planas, al pie de una escalera del río. Las aguas chapoteaban tan cerca que creyó tenerlas todavía a su alrededor, envolviéndolo.

Podía ver los dos o tres primeros peldaños de piedra maciza. Los demás se perdían en la oscuridad, más arriba del muro. O quizá su turbia visión no pudiera distinguirlos todavía.

Escuchó un suave roce a su lado. Notó que algo salpicaba junto a su cabeza, algo de lo cual se escurría el agua como de un impermeable mojado. Trató de ver qué era, pero el leve movimiento de cabeza le despertó todos los dolores que la inconsciencia había mantenido callados.

Gimió. Recordó de pronto lo sucedido, la certidumbre que había tenido de morir entre las sucias aguas...

Y la extraña y lejana voz.

¿Había sido una ilusión?

Pero era indudable que estaba fuera de peligro, y también era cierto que él no hubiera podido llegar a la salvación por sus propios medios.

Rebulló, aturdido.

Entonces, al mirar hacia arriba, vio unas facciones que borraba la oscuridad, y una cabellera oscura de la que chorreaba agua. Unos grandes ojos le miraban a él con terrible fijeza. Unos labios apenas visibles se movieron, formando palabras que jamás llegaron a sus oídos.

No lograba escuchar... ¿o era todo aquello parte de la pesadilla en la que se había hundido?

Al fin, una voz ronca y temblorosa susurró, al parecer muy lejos:

—Le he desatado las manos, avisaré a un hospital...

La cara borrosa se alejó cuando la mujer, irguiéndose, se dispuso a marchar.

—No... —balbuceó.

Pero ella no le hizo el menor caso. Desapareció en la oscuridad. Oyó el sonido de sus pasos al subir las escaleras de piedra. Luego, también ese sonido se apagó y sólo quedó el chapoteo de las aguas, tan cerca que hubiera podido tocarlas con sólo alargar la mano.

Mas Frank no movió la mano. En realidad, no movió ni un músculo durante un buen rato. Tiritaba de frío. Estaba empapado, con agua hasta los pulmones y una sensación de náusea incontenible revolviéndole el estómago.

Pero estaba vivo.

¡Vivo!

Esa certidumbre le reanimó. Luchó para recobrar energías suficientes para moverse. Su mente cobró lucidez y, repentinamente, como un chispazo, lo recordó todo desde el mismo instante en que había conocido a Veronique La Belle.

Una sarta de maldiciones escaparon de sus labios lívidos y apretados.

—La maldita zorra —masculló en voz alta.

Le invadió una ola de furor que actuó como acicate de sus derrotadas fuerzas, de manera que consiguió arrastrarse hasta los peldaños de piedra y, apoyándose en ellos, sentarse en el primero.

Respiró, anhelante, el fresco aire de la noche. Pocos minutos después, estaba en condiciones de subirlos, aunque casi a gatas.

Comprendió que su aspecto despertaría alarma y las suspicacias de quien le viera, así que buscó los lugares más oscuros para alejarse del lugar donde tan cerca había estado de la muerte.

Tardó más de dos horas en llegar a su vivienda. Allí se desnudó, metiéndose bajo la ducha caliente. Descubrió que en su cuerpo había claras señales de golpes que no recordaba haber recibido. Era absurdo...

Después de la ducha, y tras enfundarse en unos pantalones secos, se envolvió en una gran toalla y sacó el *whisky*, bebiendo directamente de la botella hasta que el estómago le ardió con la fuerza de un incendio.

Se sintió mucho mejor, casi dispuesto a reanudar el trabajo. El agotamiento había cedido al cansancio, y éste cedería también con

un par de tragos más, espaciados debidamente.

Así que descolgó el teléfono y llamó al viejo.

Su voz le pareció un poco más seca que de costumbre, delatando la tensión a que estaba sometido.

—¿Tiene usted algo concreto que decirme? —Fue todo cuanto dijo, una vez supo quién le hablaba.

—Puede que lo considere importante o puede que no. Indudablemente, Veronique es lo que usted creía.

—Cuénteme.

Lo hizo con la menor cantidad de palabras posible, pero detallando lo suficiente para que su jefe supiera perfectamente a qué atenerse.

Si había esperado alguna palabra de condolencia por sus desventuras, se llevó un buen chasco cuando la voz a través del auricular gruñó:

—Se dejó cazar como un novato. ¿Qué le sucede a usted, está perdiendo facultades?

—Oiga...

—¿O se siente demasiado viejo para ese trabajo?

—Está bien, desahóguese si eso ha de tranquilizarle. Cuando se sienta en forma quizá pueda informarme de las novedades que hayan conseguido los demás.

—No hay ninguna novedad. ¿Recuerda usted ese estudio donde le dieron a beber el mejunje que lo derribó?

—Por supuesto.

—Está bien. Si ellos creen que usted está muerto es posible que no hayan adoptado precauciones especiales. Vuelva allí. ¿He de decirle cómo debe tratar a esa dama en su próximo encuentro?

—No es preciso, gracias. ¿Qué opina usted de mi salvamento?

—No tengo materia para opinar. Usted dice que vio un rostro. Debiera haberlo reconocido si...

—Estaba demasiado oscuro —le atajó Frank, impaciente—. Además, yo estaba casi inconsciente todavía.

—Pero está seguro de que se trataba de una mujer, ¿no es así?

—Eso me pareció... Bueno, estoy seguro.

—Muy bien, olvídelo de momento. Esa heroína se dará a conocer en el momento oportuno, si le interesa. Aunque temo que nadie pensará jamás en darle una recompensa precisamente...

Sonó un chasquido y la comunicación quedó cortada. Frank quedose con los deseos de maldecir al viejo en voz alta.

Eso no era la primera vez que le sucedía, de manera que procuró olvidarlo y terminó de vestirse. La botella de *whisky* contribuyó al pronto restablecimiento de sus fuerzas, de manera que cuando sacó la automática del cajón donde la guardaba se sentía casi en perfectas condiciones de iniciar una nueva batalla.

Examinó con cuidado la carga, sujetó la funda bajo el sobaco izquierdo y, antes de introducir en ella la poderosa arma, aplicó a ésta el eficaz silenciador SS. Si llegaba la ocasión de utilizarla no quería alborotar a medio París con sus roncós estampidos.

Adoptadas esas precauciones, salió cerrando cuidadosamente la puerta.

CAPÍTULO VI

El estudio de Veronique estaba tal como él lo recordaba. Nada parecía haber sucedido entre aquellas paredes.

Tras asegurarse de que la muchacha estaba ausente, para lo cual dio un rápido vistazo a la habitación interior, a la cocina y al reducido cuarto de baño, Frank dedicó su interés al cable que, partiendo del minúsculo micrófono del caballete, iba a perderse en la pared.

Vio que en ésta se introducía en un agujero, limpiamente practicado, y tan diminuto que el delgado cable pasaba por él casi a presión.

No eran aficionados los que habían hecho aquel trabajo, pensó filosóficamente. Bien es verdad que tampoco lo eran los que, desde hacía más de un año, andaban detrás del profesor con ánimo de facilitarle un largo viaje...

La pared en la cual desaparecía el cable era la que dividía la planta última de la casa en dos estudios, cosa que pudo comprobar al asomarse por el ventanal y descubrir otro idéntico a un par de metros de distancia.

Tras apagar la pequeña linterna eléctrica de que se había valido para su examen, salió por la ventana al inclinado tejado, teniendo buen cuidado al colocar los pies. Cualquier teja que se rompiera bajo su peso produciría el suficiente ruido como para alarmar a los posibles vecinos.

El otro ventanal estaba a oscuras. Frank tendióse sobre el tejado y atisbo por un ángulo, tratando de penetrar la oscuridad. No consiguió mucho. Era preciso entrar allí si quería sacar algo en claro.

De manera que empezó a forcejear con la ventana. Ni por un instante pensó en el riesgo que corría.

Tras unos intentos fallidos, sonó un leve chasquido y la ventana

abrió con facilidad. Pasando una pierna por el alféizar, saltó dentro tan silenciosamente como un gato.

Con la pistola Mauser en la mano, recorrió el estudio comprobando que estaba desierto. La distribución de las habitaciones era igual a la del perteneciente a Veronique, lo cual facilitaba el trabajo.

Entonces buscó el lugar donde el cable se introducía. Fue muy fácil seguirlo y descubrir que estaba conectado a un magnetofón de pequeño tamaño y gran fidelidad. Sonrió para sí. Estuvo tentado de ponerlo en marcha sólo para escuchar su propia voz.

Seguro ya del terreno que pisaba, guardó la pistola y procedió a efectuar un rápido registro del estudio. No se sintió decepcionado cuando fue dándose cuenta de que no aparecía nada de interés. Los hombres dedicados a tan arriesgada profesión no suelen dejar notas escritas ni papeles comprometedores al alcance de cualquier posible intruso.

No obstante, todo agente secreto, todo espía cuya vida depende muchas veces de los pequeños detalles, de la eficacia en borrar el más débil indicio de su paso, está expuesto a cometer errores. Quizá pequeños errores, inadvertidos en otras profesiones, pero capitales en la suya.

Comprobó una vez más semejante aserto al registrar uno a uno los trajes que colgaban en el armario. En ninguno de ellos halló nada en los bolsillos, a excepción del tercero que registró.

No era más que un billete de ferrocarril con fecha de siete días antes. La estación de destino era la de un pueblo llamado Villemes-Sant. Dicho nombre trajo a su mente algún recuerdo que momentáneamente no consiguió situar. Guardóse el billete y terminó el registro sin encontrar nada más que pudiera tener la más pequeña relación con un asunto de la índole del que estaba en marcha.

Satisfecho del hallazgo, y de no haber dejado visibles huellas de su paso, se disponía a volver a salir utilizando el mismo camino de la ventana cuando escuchó unos pasos que se acercaban a la puerta.

Comprendió al instante que no tendría tiempo de escapar. Una llave estaba girando en la cerradura y alguien hablaba con voz contenida.

Frank retrocedió de un salto, entrando en el dormitorio. Pensó si

el viejo tendría razón al insinuar que estaba perdiendo facultades. Estaba cazado por segunda vez en la misma noche, aunque en esta ocasión disponía de su fiel Mauser para abrirse paso si era necesario.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse. Alguien encendió la luz del techo y una voz gutural ordenó:

—Prepara algo de beber, estoy sediento...

—¿Coñac? —preguntó el otro.

—Está bien.

Hubo un rumor de vasos, el gorgoteo de una botella. Frank contuvo la respiración y apretó en su mano la culata de su arma.

La voz gutural se elevó de nuevo, con evidente disgusto.

—Habrás que solucionar lo de esa perra cuanto antes. Ya no podemos seguir confiando en ella después de la escenita de esta noche.

—Realmente —protestó el otro, cuyo acento era el típico de los hampones de París—, no veo que lo sucedido tenga tanta importancia. Lo único que ha hecho ha sido protestar por lo del americano. Me parece lógico que lo hiciera... era la primera vez que se la mezclaba en un crimen.

—Y será la última. No nos sirve.

—¿Por qué no? Sabe que está atrapada. ¿Qué otra cosa puede hacer, más que seguir obedeciendo órdenes?

—No sigas abogando por ella, Vacher... Quién es capaz de protestar, en nuestro trabajo, no nos sirve. Ésa es una regla que tú debes tener también muy en cuenta...

La clara amenaza tuvo la virtud de dejar mudo al hampón llamado Vacher. Frank deseó que siguieran hablando, pero por lo visto habían agotado los temas de conversación. Sólo era cuestión de minutos que decidieran acostarse, lo cual desencadenaría la violencia.

De pronto, Vacher comentó como si fuera un último intento:

—Sea como sea, no puedes adoptar una decisión de esa importancia por ti mismo.

—Lo consultaré, por supuesto; pero hasta que lo haga mantendrás a Veronique bajo vigilancia. No quiero que de un paso sin conocerlo nosotros. ¿Entendido?

—Perfecto, Georgi. Tan pronto regrese esta noche ya no la

perderé de vista ni un minuto. ¿Quieres otro trago?

—No; voy a acostarme.

Frank aspiró hondo. Había llegado el momento.

Los pasos del otro le guiaron, indicándole el mejor momento a hacer su aparición.

Esperó hasta que el otro estuvo a unos tres metros de la puerta dormitorio. Entonces saltó de costado, plantándose delante de dos sorprendidos individuos con la pistola apuntada firmemente a la barriga del primero.

—Una charla muy instructiva —dijo, con voz fría como un témpano—. Vamos a continuarla, ¿no les parece?

Habían quedado igual que petrificados, con una estúpida expresión de sorpresa en sus rostros.

El llamado Vacher era un muchacho de unos veinticinco años. Vestía unos ajustados pantalones de pana, negros, un jersey también negro y una cazadora de cuero muy gastada. Era delgado y de rostro canallesco, con unos ojillos pequeños y separados.

El otro era más viejo y su cara denotaba mayor energía y crueldad. Elevaba un traje barato que daba la sensación de no haber sentido jamás sobre sí el peso de una plancha.

Fue éste quien masculló:

—¡El americano!

—Ajá. De manera que nos conocemos —rió Frank—. Eso nos ahorra parte de las presentaciones. ¡Retroceda, camarada!

Avanzó y esperó a que Georgi fuera a colocarse a la misma altura que su compinche. Entonces preguntó:

—¿Cuál de ustedes dos se entretuvo en sacudirme mientras estaba inconsciente?

No obtuvo respuesta. Tampoco la esperaba, de manera que añadió:

—¿O fueron los dos a la vez? Sospecho que a ambos debe gustarles esa clase de diversión... Tú, Vacher, saca el arma de tu compañero, pero hazlo con dos dedos solamente o te volaré los sesos.

El hampón titubeó. Luego pareció decidirse y se acercó a Georgi casi con humildad.

Frank le vigilaba con ojos de halcón. No podía fiarse de ninguno de ellos ni por un segundo. Sabían que estaban perdidos a menos

que pudieran librarse de su amenazadora presencia, y para conseguirlo debían intentar algo cuanto antes.

Fue Vacher quien lo intentó. Su mano derecha se introdujo bajo el sobaco izquierdo de Georgi. Sacó una automática de pequeño calibre, sosteniéndola entre dos dedos.

—¿Y ahora qué? —preguntó con voz alterada.

—Déjala caer al suelo. Luego, la empujas con el pie para que yo pueda cogerla. Y no pierdas tiempo en hacer lo mismo con la tuya.

—Está bien...

Durante un fugaz instante pareció que se disponía a obedecer, pero su mano realizó un movimiento centelleante y la pistola pareció moverse por propia iniciativa al adaptarse como un rayo a la palma que la manejaba.

Frank apretó los dientes y el gatillo a un tiempo. La Mauser llameó en su mano, sin más ruido que el característico del eficaz silenciador, y Vacher pareció levantarse del suelo al ser brutalmente empujado por el potente proyectil. Dio una voltereta sobre sí mismo antes tic caer, y cuando se desplomó sobre la alfombra ya estaba muerto.

Entonces todo se precipitó, incluso contra los deseos del agente de la CIA.

Georgi dejó escapar un grito y se lanzó de cabeza hacia donde había caído la pistola de Vacher. Consiguió llegar hasta ella, empuñarla y rodar sobre sí mismo un par de veces buscando la protección de una butaca, desde dóndele disparar con probabilidades de éxito contra su enemigo.

Nunca llegó al parapeto. La primera bala de la Mauser le atravesó limpiamente el cuello, parándole en seco. La segunda le entró por entre los ojos y su cabeza pareció estallar como una manzana podrida.

Frank Murdock meneó la cabeza de un lado a otro.

—Pareja de estúpidos —masculló.

Guardó la automática y registró los bolsillos de los dos cadáveres. Todo lo que llevaban encima era tabaco, un mechero y algún dinero suelto. Georgi tenía también la llave del estudio, de la cual se apoderó.

Diez minutos más tarde, y desde un teléfono público, estaba hablando con su jefe, el humor del cual parecía haberse agriado al

ser sacado de la cama por segunda vez en la misma noche.

Le escuchó en silencio, sólo emitiendo algún que otro gruñido de disgusto. Después preguntó:

—Está bien, eso ya no tiene remedio. ¿Ha habido un exceso de ruido?

—En absoluto, señor. Todo ha sido muy discreto.

—Supongo que habrá cerrado usted la puerta al salir de allí.

—Naturalmente.

—¿Tiene la llave?

—Sí.

—Bien, no conviene que la Policía Judicial meta las narices en este asunto. Vaya a su casa y espere allí. Mandaré a alguien a recoger esa llave. Luego, una ambulancia y un par de enfermeros se encargarán de retirar ese par de cadáveres...

—¿Podrá usted conseguirlo esta misma noche, señor?

—Creo que sí, aunque deberé pedir la colaboración del Bureau.

—Eso me tranquiliza. Hay algo más todavía, señor. ¿Qué significa para usted un pueblo llamado Villemes-Sant? Lo he oído alguna vez, pero maldito si recuerdo.

—¿De dónde ha sacado ese nombre? —preguntó el viejo, excitado.

—Había un billete de ferrocarril en un traje.

—Comprendo.

—¿Y bien?

Hubo un corto silencio. Luego, el jefe gruñó:

—Vuelva a llamarme desde su casa, Frank. Quizá entonces tenga otras noticias para usted.

—Bien, señor...

Colgó. Le pareció extraño que el nombre de aquel pueblo hubiera tenido la virtud de alterar al viejo...

Encogiéndose de hombros, fue en busca de su coche pensando en Veronique. Era importante tener otra parrafada con ella, se dijo.

Cuando él llegó a la entrada de la casa donde vivía, encontró allí al mensajero enviado por su jefe. Esperó hasta identificarlo sin la menor duda y le entregó la llave, viéndolo desaparecer después montado en una ruidosa motocicleta.

Tras esto, subió al piso y, desde allí, telefoneó tal como le había sido ordenado.

—Bien, muchacho —refunfuñó el viejo—. Las cosas empiezan a encajar.

—¡No me diga! ¿Por dónde?

—Acabo de hablar con nuestros hombres instalados en Villemes-Sant. Allí todo está tranquilo.

—Eso me alegra mucho —rezongó—. ¿Me dirá de una maldita vez qué hay allí que sea tan importante?

—Una mujer cuyo nombre es Mabel Ellison.

—Bueno, no... ¡Demonios! La esposa del profesor, ¿eh?

—En efecto. Está en una clínica de altura, y su estado es sumamente delicado. Naturalmente, conociendo los métodos de que se valen nuestros amigos, la tenemos bien custodiada.

—¿Y no le ha sucedido nada?

—En absoluto. Todo es normal allí.

—Sea como sea, Georgi o cualquier otro de ellos viajó hasta el pueblo. Imagino que no efectuaría un viaje de turismo precisamente.

—Nada ha sucedido ni en la clínica ni en el pueblo que haya llamado la atención de nuestros hombres. He preguntado especialmente por esa fecha del billete. Fue un día como los demás, sin nada digno de mención. Quizá sólo estudiaron el terreno. Ella sería un magnífico medio para presionar sobre el profesor. Debieron abandonarlo por imposible.

—Okey, pero no estará de más advertir a nuestros muchachos que extremen la vigilancia.

—¿No ha podido usted localizar a su amiga todavía, Frank?

—No, pero me ocuparé de ella sin descanso. Es el único eslabón que poseo de esa cadena. Buenas noches, señor.

Colgó. Pensativo, se entretuvo en limpiar la automática, reponiendo después los cartuchos gastados. Tras esto, se metió en la cama sintiendo repentinamente todo el agotamiento de la noche.

No obstante, tardó mucho tiempo en conciliar el sueño.

Veronique le obsesionaba...

CAPÍTULO VII

Las débiles luces del amanecer fueron disipando paulatinamente las sombras del jardín. Los viejos árboles les cobraron color. Las descuidadas flores se miraron en la luz como desperezándose. Había hierba en los senderos, pregonando el abandono en que estaba la propiedad desde mucho tiempo atrás.

La villa era un edificio de arquitectura anticuada, pero todavía señorial. Todas sus ventanas estaban a oscuras, algunas de ellas con los postigos cerrados.

En el piso superior, una cortina osciló tras los cristales. Era la ventana correspondiente a un pequeño dormitorio individual. La cama estaba revuelta, el aire inundado de humo de tabaco y un cenicero rebosaba de cigarrillos a medio consumir.

El hombre que había apartado la cortina dejó vagar su mirada por entre los árboles. Era alto y había dejado atrás los cincuenta años, junto con muchas ilusiones a juzgar por la amarga expresión de su pálido semblante.

El profesor David Ellison aspiró el humo del cigarrillo. Sentía un gusto detestable en la boca, producto de otra noche de insomnio y del excesivo consumo de tabaco.

Vio nacer el nuevo día con el estado de ánimo del condenado a muerte en su última amanecida. Sólo la fortaleza de su carácter le había permitido resistir hasta entonces sin arrojarse por la ventana o cometer cualquier otra barbaridad semejante.

A la hora de costumbre, un silencioso individuo le abrió la puerta. Procedió al cotidiano aseo y tras esto, lo mismo que en los días anteriores, fue escoltado hasta una pequeña estancia interior de la planta baja, habilitada para comedor.

Allí le aguardaba el hombre llamado Yuzovsk, el ruso cuyo dominio del inglés era sorprendente.

Fue éste quien comentó:

—Tiene usted mal aspecto, profesor. ¿Tampoco esta noche ha dormido?

—Usted sabe muy bien que no me es posible.

—Ya se acostumbrará. De todas formas, puedo informarle de que falta poco para que pueda abandonar esta casa. Pronto emprenderá el viaje.

—¿Cuándo?

—Faltan los últimos detalles todavía... Pero no será más tarde de pasado mañana.

Un ramalazo de tristeza pasó por los inteligentes ojos del hombre de ciencia. No pareció advertir que el hombre que le había franqueado la puerta de su dormitorio estaba sirviendo un abundante desayuno, para él y para el ruso, quien empezó a comer casi con voracidad.

Poco después, un coche se detuvo ante la verja de la villa, Oyeron el golpe de una portezuela. El ruso exclamó:

—Ahora es posible que podamos fijar definitivamente su partida, profesor.

Se levantó para recibir al recién llegado, un hombre de mediana estatura, vestido con pulcritud y cuyo aspecto general hacía pensar en un profesor de primera enseñanza. Sólo el extraño fulgor de sus ojos desmentía esa primera impresión.

Bienvenido, Grenele. Espero que tus noticias sean buenas.

—Sólo en parte lo son. ¿Cómo se encuentra el profesor esta mañana?

—Deprimido. Pero ya se acostumbrará a nuestra compañía. ¿Y bien?

—Todo está preparado para que tome el tren pasado mañana, a las nueve de la noche —extrajo un abultado sobre del bolsillo y lo entregó a Yuzovsk—. Aquí está todo. Billetes, pasaporte a nombre de Arthur Marvin con la fotografía del profesor, dinero y los correspondientes visados, naturalmente.

Yuzovsk lo examinó todo con rapidez. Su expresión era de gran inquietud.

—¿En tren? —masculló—. Me parece un inútil deseo de correr riesgos innecesarios. Las estaciones están estrechamente vigiladas...

—También lo están los puertos y los aeropuertos.

—Pero si hay que arriesgarse es mejor hacerlo para viajar en

avión.

—Todo ha sido planeado con la precisión requerida —insistió Grenele—. Pocos minutos antes de la salida del tren, se desencadenará un gran tumulto en el andén, de manera que los hombres encargados de la vigilancia tendrán que emplearse a fondo para restablecer el orden y ver lo que pasa. Bien, el tumulto durará el tiempo suficiente para permitir al profesor llegar al departamento reservado. El tren partirá puntualmente sin que nadie haya advertido la llegada de nuestro huésped —terminó burlonamente.

—Sigue sin gustarme el plan...

—Es el mejor. Han sido estudiadas todas las posibles salidas...

—¿Y por carretera?

—Peor todavía. Hay controles volantes por todas partes. Es imposible recorrer diez kilómetros sin ser detenido y la documentación revisada con gran cuidado.

—Está bien —convino Yuzovsk a regañadientes—. Supongamos que la partida se realice sin contratiempos. ¿Qué hay que hacer una vez el tren en marcha?

Grenele sonrió bonachonamente.

—Esa parte de las instrucciones las desconozco. No serán comunicadas hasta el último minuto, o quizá cuando el tren esté corriendo fuera de París. Habrá un par de los nuestros a bordo, ¿comprendes?

—Bien, supongo que «él» sabe lo que debe hacerse mejor que nosotros. ¿Lo ha comprendido, profesor?

El aludido asintió con un gesto de impotencia. Grenele esbozó una mueca y gruñó:

—Está causando usted muchas dificultades, amigo. Trate de portarse bien de ahora en adelante o ya sabe lo que sucederá. Bien, tengo que irme.

Se levantó. Yuzovsk hizo lo mismo y estrechó su mano. En aquel momento, Grenele exclamó:

—¡Demonio, casi se me olvida! Anoche cazaron al tipo que organizó la trampa a los emisarios del submarino.

—¡Magnífico! ¿Cómo pudieron conseguirlo? —Se entusiasmó el ruso.

—La suerte estuvo de nuestra parte. Ese tipo de la CIA consiguió llegar hasta Veronique. Ésta pidió instrucciones y lo llevó a su

estudio. Naturalmente, para entonces no sabían todavía de quién se trataba, únicamente su conducta infundió sospechas. Bien, le administró una droga y Georgi trabajó con él durante horas a base de *escopolamina*. Así pudieron descubrir su identidad. Acabó en el fondo del Sena.

El profesor masculló:

—Tuvieron que recurrir a la *escopolamina*, la infame *droga de la verdad*, para asesinar a un hombre. ¿Qué clase de criminales son ustedes?

—No diga tonterías. Para nosotros, y para los hombres como el que murió, eso es una especie de guerra secreta en la que todo es válido —replicó Grenele, burlón.

—Hasta la traición al propio país —le espetó Ellison—; porque usted es francés con toda seguridad.

El otro se limitó a reírse con evidente burla. Salió del comedor en compañía del ruso. Ellison se cubrió la cara con las manos, sintiendo cómo en su interior se desquebrajaba todo su mundo.

Una vez más, lamentó que su cerebro hubiera adquirido los fabulosos conocimientos que le convirtieron en una celebridad mundial en su especialidad.

Se repitió que toda la culpa era de su cerebro...

Sólo la razón luchó para hacerle comprender que estaba equivocado, que la culpa de aquellos crímenes, de las maquinaciones infernales en las que se veía envuelto, era única y exclusivamente de aquellos hombres que no se detenían ante nada para apoderarse de su ciencia.

Pero eso fue un pobre consuelo para su desesperación.

Anohecía cuando Veronique abandonó el pequeño hotel donde había pasado todo el día y parte de la noche anterior. Anduvo por las calles con pasos de sonámbula, ajena por completo a la gente que se apretujaba a su lado apresurándose en todas direcciones. Ya no podía soportar más las horas de incertidumbre.

Su primera intención fue dirigirse a su estudio. Llegó incluso a las inmediaciones de la vieja casa, pasó por delante de ella, se alejó y volvió sobre sus pasos por la otra acera.

No pudo decidirse a subir. Pensó en Georgi y acabó alejándose de allí.

Descubrió, sin ninguna clase de sobresalto, que no le importaba

lo que pudiera sucederle. Sabía que de cualquier modo estaba llegando al final de un camino que nunca debió emprender... Trató de justificarse ante su propia conciencia diciéndose que la obligaron a obedecer sus terribles órdenes, a arriesgarse incluso...

Maquinalmente, encaminó sus pasos hacia el Folies. Ya nada importaba, quizá fuera mejor terminar de una vez escapando definitivamente a la horrible máquina que la engullera tiempo atrás, convirtiéndola en una minúscula ruedecilla entre sus espantosos engranajes.

Cobró ánimo al ver las familiares luces del *cabaret*. No obstante, tardó unos minutos, antes no decidió entrar.

Le causó una extraña impresión de sorpresa ver que todo estaba igual, que nada ni nadie parecía haber cambiado allí. El portero la saludó como de costumbre, los hombres que mataban el tiempo en el salón esperando que diera comienzo el baile y el espectáculo la miraron con la misma voracidad de siempre.

Podo era lo mismo. Mas, para ella, resultaba doloroso comprobar que quién había cambiado súbitamente era ella. Ya nunca más podría ser lo mismo, lo que una noche de pesadilla había hecho trizas.

Se detuvo junto al mostrador. Contra su costumbre, pidió un coñac y lo bebió de un sorbo para darse ánimos. Se sintió molesta bajo los dardos de los ojos que la devoraban desde todas las direcciones. Dejó la copa y siguió su camino hacia el camerino.

Los únicos ojos cuya mirada hubiera podido soportar ya no estaban allí. Nunca podrían volverla a mirar como en aquellos fugaces instantes de la otra noche.

Empujó la puerta del camerino, entró y la cerró sorprendiéndose al encontrar las luces encendidas. Sólo después de haber cerrado la puerta descubrió al hombre sentado en la banqueta.

El hombre se levantó pausadamente.

—Hola, Veronique —dijo—. Es molesto esperar tanto tiempo...

Ella se apoyó sobre la madera. Sintió una creciente debilidad en las piernas.

La voz burlona del hombre comentó:

—Temo que esta noche no vas a poder actuar... En todo caso, lo harás en otra parte. Tienes que acompañarme, ¿sabes, preciosa?

Veronique asintió con un gesto. Aunque hubiese querido hablar

las palabras no hubieran acudido a sus labios.

Impaciente, Frank Murdock consultó su reloj una vez más. Siguió midiendo el pequeño estudio a grandes zancadas, de un lado a otro, mascullando de vez en cuando palabras incomprensibles.

Finalmente, descolgó el teléfono con la intención de llamar al viejo sólo para darle prisa. Pero volvió a depositar el auricular en el soporte por temor a que aquel teléfono estuviera intervenido en algún punto de la línea.

Al fin, alguien llamó discretamente a la puerta con los nudillos.

El agente se detuvo a mitad de su recorrido, empuñó la automática y, colocándose a un lado de la entrada, descorrió el cerrojo.

El hombre que entró era de su misma edad aproximadamente, aunque más bajo y delgado. Llevaba un viejo sombrero echado sobre la nuca y se quedó mirando la potente Mauser equipada con silenciador como si semejante recibimiento fuera la cosa más natural del mundo.

—Bueno, no necesitaba ese *bazooka* para pedirme los documentos. Me manda el viejo.

—Okey.

Frank alargó la mano izquierda sin bajar el arma ni un milímetro. Precavidamente, el recién llegado extrajo una cartera y de ella una tarjeta de color verde claro. Todo lo que había en ella era una fotografía y un número.

El número era el que el viejo había mencionado por teléfono al anunciarle el envío de un relevo.

—Está bien —suspiró, guardando la automática—. ¿Qué instrucciones le ha dado él?

—Todo lo que me ha dicho es que usted me indicaría cuál debía ser mi trabajo, de manera que aquí estoy. ¿Qué clase de partida estamos jugando, compadre?

—Es demasiado largo de contar y ahora carezco de tiempo. Todo lo que debe usted hacer es quedarse aquí, esperando a la dueña del estudio. Hay varias fotografías de ella en los marcos. Su nombre es Veronique. Si aparece por aquí, deténgala sin darle tiempo a ponerse en contacto con nadie.

—Perfecto. ¿Adónde debo llevarla?

—Yo tengo un apartamento alquilado. Le anotaré la dirección y le daré una llave. Es un buen escondrijo por unas horas.

—Muy bien. ¿Cómo hay que tratar a esa dama?

—Sin contemplaciones de ninguna clase. Y no se fíe de ella, no le acepte ni un vaso de agua siquiera. Es peligrosa como una serpiente de cascabel.

—Lo tendré en cuenta. Me disgustaría amanecer con la garganta cercenada... ¿Me da esa llave, amigo?

Frank le facilitó la llave de su apartamento y las señas del mismo, satisfecho de la clase de ayudante que el viejo le asignaba.

Minutos después, deslizaba su coche hasta dejarlo estacionado en las cercanías del Folies. Sólo lo llevó hasta allí por si las circunstancias aconsejaban una repentina celeridad de movimientos.

Cosa muy probable, dado que a esas horas él era perfectamente conocido del enemigo.

Encogiéndose de hombros, recorrió la distancia que le separaba de la entrada silbando entre dientes, y preguntándose si Veronique tendría el estómago suficiente para actuar esa noche como si nada hubiese sucedido.

Se detuvo detrás de la última fila de mesas, mirando a su alrededor sin esperanzas de descubrir ningún rostro conocido. Sólo el camarero que le sirviera la noche anterior corrió hacia él, seguramente recordando la propina recibida.

—¿Le gustaría la misma mesa de anoche, señor? —indagó.

—Quizá más tarde. Quiero asegurarme de que Veronique vendrá esta noche.

—Ha venido ya, señor. Hace pocos minutos que la he visto dirigirse a su camerino.

Frank enarcó una ceja, sorprendido. De manera que la dama había decidido que todo seguía igual y que podía cantar sus lamentos de amor como de costumbre.

Bueno, pensó que tal vez el programa sufriera algunas alteraciones.

—Gracias. Iré a saludarla antes de que salga a la pista.

Anduvo hacia el camerino de la muchacha sin detenerse a analizar el extraño sentimiento de incertidumbre que empezaba a dominarle.

Al llegar a su destino, vio que la puerta estaba solo entornada y que dentro había luz. La empujó, colocándose dentro silenciosamente.

Se detuvo, sorprendido al encontrar desierta la pequeña estancia.

—¿Veronique? —inquirió con voz seca.

No obtuvo respuesta. Miró detrás del biombo. Sólo había algunos vestidos colgados en sus perchas.

Todo lo que quedaba de Veronique entre aquellas paredes era el suave perfume que parecía desprenderse de su piel.

Lo aspiró profundamente antes de volver sobre sus pasos. Una vez más, había llegado demasiado tarde.

CAPÍTULO VIII

El portero de la salida de servicio dijo:

—No hace ni cinco minutos que ha pasado por aquí, señor.

Frank depositó otro billete de diez francos en la mano del hombre.

—¿Sola?

—La acompañaba un hombre. Iban cogidos del brazo y se han alejado por el callejón hacia la calle principal.

—Un momento, trate de recordar eso con detalle. ¿Iban cogidos del brazo como suelen ir las parejas por regla general, o más bien la llevaba sujeta él a ella?

El viejo arrugó su ya de por sí arrugada frente.

—Bien, ahora que me hace pensar en ello... Sí, me parece que era el hombre quien la llevaba cogida del brazo. Y creo que ella no le acompañaba con mucho entusiasmo precisamente.

Murdock asintió con un gesto. Sus conjeturas estaban resultando más acertadas de lo que él mismo había supuesto.

—¿Había usted visto al hombre antes de esta noche?

—Nunca, señor. También me ha chocado que Veronique saliera por aquí, ¿sabe? Nunca lo hace, sino que utiliza la salida delantera. Pero si deseaba pasar inadvertida a causa de la compañía que llevaba...

—¿No ha oído que dijera nada, alguna palabra suelta quizá?

—Tan sólo ha preguntado algo, cuando ya habían pasado por delante de mi garita... pero no puedo recordar lo que... Espere... ella quería saber adónde se dirigían o algo así...

Otro billete cambió de mano, sólo para estimular la memoria del viejo zorro. El hombre sonrió con su boca adornada por una hilera de sucios dientes y explicó:

—Veronique le ha preguntado a su acompañante si iba a llevarla a la villa de Hubert. ¿Es eso lo que usted quería, señor?

—Poco más o menos.

—El tipo le ha respondido con un gruñido y ya no he podido oír nada más.

—Usted ha dicho que ella ha hecho la pregunta cuando ya habían pasado por delante de su garita... Es un poco extraño que haya podido oírla, ¿no cree?

—No, porque Veronique ha hablado con voz bastante fuerte. Casi parecía que se dirigía a mí...

—Comprendo.

Salió también al callejón, alejándose en la misma dirección que poco antes lo hiciera la pareja que buscaba. A medida que andaba en busca de su coche, descubrió, no sin sorpresa, que recordaba más los besos turbadores de la muchacha que el hecho de que ésta era el único eslabón conocido de la cadena que encerraba todo su problema.

Era preciso que ese eslabón no se perdiera también.

El viejo le fulminó con la mirada al verlo entrar en la estancia. Estaba en la misma casita de las afueras utilizada sólo para sus entrevistas de servicio.

—Espero que tenga usted una buena razón para haberme hecho venir aquí, Frank —masculó.

—Tengo más de una, señor. Para empezar, ¿qué han averiguado sobre el individuo llamado Saint-Hubert?

El jefe hizo un gesto de impaciencia.

—No es nadie importante, al menos para nosotros. Una especie de *gigoló* de lujo, usted sabe...

—Necesito más detalles si los posee usted. Tengo casi la completa seguridad de que está mezclado en el caso de alguna manera.

—Tonterías. Tenemos todo su historial, una completa biografía. Pero le informaré... La familia de ese tipo es una de las más destacadas en la alta sociedad parisiense, sólo que él es la oveja negra de la familia. Desaprensivo, vicioso y corrompido. Sus excesos llegaron a tal extremo que sus familiares decidieron apartarlo del seno del clan. Le pasan una cantidad todos los meses para que viva su vida y los deje en paz.

—¿Eso es todo?

Quedan algunos detalles más, naturalmente. Por ejemplo, sabemos que se dedicaba a complacer las tardías pasiones de algunas damas acaudaladas. Conoce a Veronique La Belle desde hace algún tiempo, y sus relaciones se iniciaron en el Folies. Viaja frecuentemente, unas veces solo y otras acompañado de alguna de sus admiradoras... En fin, la clásica conducta de crápula de esa clase de degenerados.

—¿Eso es todo?

—Excepto que ha llegado esta mañana a París procedente de la Costa Azul, es todo.

—Muy bien, debe de haber mucho más sobre ese pájaro en alguna parte, aunque ahora no dispongo de tiempo para sacarlo a la luz. Lo que es imprescindible saber con urgencia es si tiene propiedades. ¿Cree que podrá averiguarlo usted en menos de una hora?

—¿Qué demonios cree usted que soy, un mago? —rezongó el viejo gruñón—. De todos modos, ¿por qué le interesa eso?

—Porque tengo la impresión de que Veronique ha sido llevada a una de ellas a la fuerza.

—¿A una propiedad de Saint-Hubert? No diga tonterías...

—A la villa de un tipo al que ha llamado Hubert. Para mí, ese dato es suficiente para querer comprobarlo.

—¿Y por qué a la fuerza?

—¿Cómo puedo saberlo? He de valerme de las impresiones de un viejo casi tan gruñón como usted. ¿Podrá averiguarlo?, ¿sí o no?

—Quizá el Bureau, o en la última instancia la PJ, aunque no tengo deseos de hacer participar a la Policía en nuestro asunto. Pero ese individuo debe haber despertado el interés de la Policía Judicial más de una vez, con una vida licenciosa... Veré qué puedo hacer, Frank. ¿Dónde podré llamarle cuando tenga algo definitivo?

—Estaré en mi apartamento. Ah, ya puede retirar al muchacho que me relevó en el estudio de Veronique. No creo que consiga nada allí.

—Lo haré, pero voy a destinarlo exclusivamente a usted. Así tendrá un enlace al que recurrir en caso de necesidad. ¿Cree realmente que Veronique fue llevada a la fuerza a ese lugar que ha mencionado?

—Eso parece. Tal vez han decidido que no es de confianza. Ya

sabe usted cómo trabajan esos bastardos, señor.

—No necesita usted decírmelo. Desde que Subanoff tomó el mando de sus hombres en Europa, sus métodos se han endurecido terriblemente.

—Le gustaría echarle el guante, ¿eh?

—Nada me satisfaría tanto, créalo o no.

—Lo creo.

Así se separaron.

Frank pensó en las peculiares características de su investigación. En otras ocasiones, había encontrado peligrosas dificultades para llevar a cabo su misión. Pistas falsas, trampas astutamente preparadas prestas a cerrarse sobre él, y mujeres como Veronique dispuestas a llegar a cualquier extremo si con ello podían cazarle.

Pero tuvo que reconocer que eso no era cierto. Nunca había encontrado en su camino una mujer como ella. No quiso preguntarse si su interés por localizarla era únicamente debido a que era el único nexo que podía unirlo a los hombres que se habían apoderado del profesor. Tuvo miedo de tener que reconocer que obraba también impulsado por sentimientos más personales.

Pero sí se sorprendió al echar de menos la proximidad de la muchacha, y el apasionado ardor de sus besos.

Eso aumentó su impaciencia durante la forzada inactividad, a la espera de las noticias de su jefe... si es que conseguía noticia alguna.

CAPÍTULO IX

El auto era un Peugeot bastante nuevo. El hombre conducía y Veronique se mantenía rígida en el asiento, a su lado. La noche se deslizaba por los costados del coche como si fuera algo remoto.

—¿Por qué no me dices adonde me llevas, Jules? —murmuró la muchacha.

Jules no parecía tener mucha prisa por llegar a destino. Manejaba con calma, mirando a Veronique y sonriendo de vez en cuando.

—¿Tanto le interesa saberlo? —rió, burlón.

—Sí.

En lugar de responder, el hombre comentó:

—Eres muy linda, Veronique. Es una lástima.

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Qué era una lástima, que siendo tan bella tuviera que morir?

—No te comprendo —balbuceó.

—«Ellos» opinan que ya no pueden confiar en ti... Eres demasiado conocida y al parecer sabes mucho. Pero me gustas. Nunca he conocido a una chica como tú.

—¿Qué me harán, Jules?

—Bueno, no sé...

Claro que lo sabía, pensó ella.

—¿Matarme?

—¿Por qué tendrían que matarte? Te sacarán de circulación durante una temporada.

—Mientes... sé que me matarán...

—No seas tonta, chica. Te has portado bien, ¿no? Es posible que te paguen un largo viaje para que los polis no puedan encontrarte.

«Un viaje sin regreso». Pero no formuló el pensamiento en palabras, sino que murmuró:

—Ojalá aciertes, Jules. Tengo tanto miedo...

Él acercó el coche a la acera y detuvo el motor. Estaban en una calle desierta y silenciosa, bordeada de árboles, casi en los arrabales.

Asustada, Veronique se apretujó contra la portezuela. Jules se inclinó hacia ella, los ojos brillantes y la voz ronca.

—No seas arisca conmigo —masculló—. No tienes escapatoria y puedes pasarlo muy mal si se me antoja.

—¡No te acerques!

—Quiero besarte, ¿sabes, gatita? Y quiero que me beses... no vas a tener muchas oportunidades de besar a nadie después de esta noche.

—¡No, no...! Jules, por favor... por piedad, déjame marchar...

Las manos nervudas del hombre se cerraron en torno a ella, inmovilizándola, atrayéndola de manera incontenible, como absorbida por un remolino. Veronique trató de zafarse del abrazo, pero era lo mismo que si quisiera luchar con un gigante con las manos atadas a la espalda.

No obstante, ella las tenía libres y no le servían de nada.

Sintió el aliento de Jules en su cara. Forcejeó con redobladas energías. El murmuró:

—Es inútil, chica... no escaparás de mí, como no escaparás de ellos. Te matarán... pero antes... antes...

Estaba ciego, igual que loco, impulsado por un instinto bestial.

Veronique luchó salvajemente hasta que sintió los labios de él presionar sobre los suyos. Entonces se sintió morir y manoteó a su alrededor como si buscara un asidero. No lo encontró y concentró sus esfuerzos en apartar de sí el corpachón de su enemigo.

Instintivamente, sus manos presionaron el abombado pecho de Jules. Una de ellas, la derecha, se deslizó sobre la pechera de la camisa y tropezó con un objeto duro que llevaba sujeto al costado izquierdo...

¡Un revólver!

Nunca supo cómo pudo cerrar los dedos en torno a la curva culata, ni qué instinto la guió para no tratar de sacarlo de su funda, cosa que, con el tirón, habría delatado sus manejos. Todo lo que hizo fue buscar el disparador, curvar el dedo sobre él y apretar, apretar hasta el extremo de creer que nunca se dispararía.

Y repentinamente sonó un terrible estampido, aumentado por la

caja de resonancia formada por el coche cerrado. Veronique notó una tremenda sacudida en la mano y se echó hacia atrás, horrorizada.

Jules saltó en el asiento, emitiendo un espantoso grito. Rebotó contra el volante y se dobló sobre sí mismo, aullando como una bestia. La bala le había entrado en el muslo, destrozándole el hueso, y cada movimiento le volvía loco de dolor.

Veronique forcejeó con la portezuela. Cuando ésta se abrió no pudo retener un grito de esperanza y saltó fuera. Todavía entonces, Jules, dominando el lacerante dolor que le inmovilizaba, trató de sujetarla frenéticamente. Al no conseguirlo, enloquecido, sacó el revólver y comenzó a disparar sobre la borrosa figura que desaparecía calle abajo a todo correr.

Los estampidos del revólver sembraron la alarma por todo el vecindario. Las ventanas se abrieron con estrepito, comenzaron a sonar voces excitadas, y un silbato policial inició su frenético concierto a medida que se acercaba.

Jules comprendió su error demasiado tarde. Entonces, mordiéndose los labios para no chillar, intentó poner el coche en marcha. Mas se dio pronto cuenta de que jamás sería capaz de conducir con una pierna inutilizada, y con la mirada turbia de dolor...

Entonces llegaron los gendarmes, quienes le arrebataron el revólver inútil, le sacaron del coche y mientras esperaban la llegada de una ambulancia se dedicaron a torturarlo con una catarata de preguntas.

Jules, vencido por el dolor del hueso astillado, dobló la cabeza a un lado y se desmayó.

Después de todo, fue una ventaja para él.

El teléfono rompió la pesada modorra en que Frank se había sumido poco después de llegar a su apartamento. Descolgó el auricular y escuchó la voz de su jefe.

—Todavía no puedo informarle de esas propiedades que le interesan —explicó—. Es un trabajo que requiere un poco de tiempo... Pero podremos saberlo antes del amanecer.

—Muy bien, estaré aquí y aprovecharé para dormir un poco.

Acababa de colgar el auricular cuando alguien llamó a la puerta con los nudillos, muy quedo. Pensó que debía tratarse del

muchacho que había estado vigilando el estudio de Veronique. No obstante, empuñó la automática y fue a abrir adoptando las acostumbradas precauciones.

Después de recorrer el cerrojo aguardó. La puerta se demoró más de lo normal en ser empujada. Impaciente, ordenó:

—¡Entre quien sea!

No pudo contener una exclamación de estupor al reconocer a Veronique. La muchacha acabó de entrar y ella misma cerró suavemente, apoyándose en la puerta, exhausta y con un abismo de miedo en su mirada.

Como un autómatas, Frank guardó la pistola y dio un paso hacia la muchacha.

—De manera que has aparecido —masculló, alterado.

Ella si limitó a mirarle sin parpadear, jadeante como un animal acorralado.

—Está bien, no te quedes ahí. Entra y haré lo posible para que mi hospitalidad sea tan desagradable para ti como la tuya lo fue para mí.

La obligó a avanzar hasta el saloncito en cuyo diván había estado dormitando minutos antes.

—Siéntate.

—Frank, yo...

—¡Siéntate!

Lo hizo, sin poder apartar sus grandes ojos del pétreo rostro del hombre que se erguía ante ella casi gigantesco.

—¿Cómo has podido encontrarme?

—Te hicieron hablar en el estudio... Georgi es un experto en esa clase de drogas.

Frank pegó un salto.

—¿*Escopolamina*?

Ella asintió.

—¡Condenada zorra! —exclamó entre dientes—. Y después de eso te atreves a presentarte aquí...

—Frank...

—¡Frank, Frank! —estalló—. ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Quieren matarme esta noche, Jules...

—¿Quién es Jules?

—Uno de ellos.

—¿El encargado de darte el pasaporte?

—No... debía llevarme a la villa que les sirve de centro de acción... allí no es difícil suponer lo que hubiesen hecho conmigo.

—Y has acudido a mí en busca de ayuda. No te falta cinismo, querida. Me tiende una trampa que no me costó la vida de milagro, y ahora quieres que yo salve la tuya como premio a tu traición.

—Hice algo más que traicionarte, Frank.

Éste escrutó el bello y desencajado rostro. Sintió un ramalazo de compasión ante el patético aspecto de la mujer.

—Dime, Veronique, ¿fuiste tú quien me sacó del Sena?

Filia asintió con un gesto de cabeza.

—¿Por qué lo hiciste? Tu conducta conmigo es absurda... Primero me pones en situación de ser sacrificado, y luego te apresuras a sacarme del agua en el último instante. Explícame ese contrasentido y entonces tal vez pueda hacer algo por ti.

—Yo... no quería verme mezclada en un crimen, Frank. Te juro que nunca... Pero sé que no vas a creerme. Me dijeron que sólo intentaban hacerte hablar bajo los efectos de la droga. Después te dejarían libre... Eso fue lo que me aseguraron. Cuando comprendí la verdad intenté disuadirlos, hasta con amenazas. No conseguí nada y te sacaron del estudio entre los dos.

—¿Hablaron con alguien pidiendo instrucciones?

—Sí...

—¿Con quién?

—No lo sé, pero ese desconocido fue quien les ordenó lo que debían hacer contigo... esa muerte horrible. Todo lo que se me ocurrió fue seguirlos. Lo demás ya lo sabes.

—¿Conoces el motivo por el cual se ha desencadenado todo esto, Veronique?

—No, Frank.

—¿Has oído alguna vez el nombre de David Ellison?

Ahora sabría si ella le mentía o no. Todo dependía de su respuesta...

—Sí, me ordenaron ir a su apartamento fingiendo que me había equivocado de puerta, después de excusarme, debía tenderle la mano al hombre y dejar en la suya un pequeño papel cuidadosamente plegado. Un mensaje.

—¿Sabes qué había en el mensaje?

—No lo leí, no tuve ocasión de hacerlo. Pero escuché una conversación entre Jules y Georgi. El mensaje había sido escrito por la esposa de Ellison.

—¿Qué?

—De alguna manera habían logrado que ella lo escribiera... Sólo decía en él que se encontraba mejorada y que esperaba verle pronto en la clínica, cuando él fuera a visitarla. Nada más.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Jules fue quien lo mencionó a Georgi.

—Ya veo... Esa nota fue solo para demostrarle que podían llegar hasta su mujer siempre que se lo propusieran, a pesar de la escolta que la protege... Después, debieron llamarle dándole instrucciones y el muy tonto las siguió al pie de la letra... Un truco ingenioso y en el que sólo te exponían a ti...

—Frank, ¿le ha sucedido algo a ese hombre?

—¿A Ellison? Ha desaparecido —masculló el agente.

Después de un corto titubeo, fue a sentarse al lado de la muchacha y se inclinó hacia ella sin estar muy seguro de su actitud.

—Escúchame bien, Veronique; supongo que sabes en el lío en que estás metida. Has colaborado con espías enemigos de tu patria, con asesinos y traidores. Vas a tener muchas dificultades de ahora en adelante, aunque tal vez yo pueda hacer algo por ti, ayudarte... si tú me ayudas a mí. ¿Comprendes?

—No me importa lo que me suceda, Frank... Ya nada importa ahora.

—Esa actitud no va a llevarte a ninguna parte. Tienes que hacer un esfuerzo y recordar los escondrijos de esa pandilla de bastardos.

En cualquiera de ellos pueden tener al profesor Ellison. Todavía estamos a tiempo de salvarlo... si no lo han sacado del país.

—Nunca confiaron enteramente en mí.

—Tú mencionaste la *Villa de Hubert*. ¿Qué es ese lugar?

Contra su voluntad, Veronique esbozó una sonrisa.

—Pensé que me buscarías para detenerme —confesó la muchacha con voz débil—. Por eso pronuncié esas palabras al salir, ante el portero. Si seguías mi pista seguramente le interrogarías a él y...

—Así fue como me enteré. ¿De qué se trata?

—Es la única casa a la que se refirió Georgi un par de veces.

Según él, era un refugio seguro para un caso de emergencia.

—¿Sabes si esa casa pertenece a Saint-Hubert?

—¿A ese botarate? No lo creo... ¿Qué tiene él que ver con todo esto, Frank?

—Todo lo que sé es que tú mencionaste su nombre, como excusa para entregar la nota al profesor Ellison.

—Me lo ordenaron así, pero sólo porque Saint-Hubert tiene un apartamento en el mismo edificio.

—Debe haber algo más. Esa gente no acostumbra a correr riesgos inútiles con sus hombres importantes. Y, por alguna razón inexplicable de momento, tengo la seguridad de que Saint-Hubert es importante.

—Estás equivocado... es un vicioso que...

—Eso no importa. Acostumbran a reclutar a la mayoría de sus colaboradores entre la gentuza de esa catadura moral. Se valen de sus lacras para manejarlos a su antojo. ¿Tú no sabes dónde está situada esa villa?

—No... pero Jules debe conocerla.

—¿Jules?

—El hombre que me llevaba con él en el coche. Pude escapar al herirle con su propio revólver.

Frank dio un respingo de excitación.

—¿Estás segura de que tan sólo le dejaste herido?

—Naturalmente. Incluso disparó contra mí cuando me vio huir...

—Y él, ¿escapó?

—No lo creo. Oí varios silbatos policiales mientras escapaba de aquellos alrededores.

—En ese caso le habrán detenido... Ahora es cuando las cosas empiezan a moverse realmente.

—Frank...

—¿Sí?

—Quiero revelarte la razón por la cual me obligaron a colaborar con ellos... Yo...

—Eso no importa ahora. Podrás contármelo cuando haya liquidado ese asunto. Escúchame; vas a quedarte aquí. Dejaré a un hombre encargado de custodiarte para que no tengas nada que temer...

—Y para que no huya de nuevo, ¿no es cierto?

—En parte sí —reconoció Murdock con calma—. Pero no debes preocuparte demasiado. Tu ayuda será un buen argumento a tu favor.

Habló brevemente por teléfono, acuciado por la impaciencia de entrar en acción. Ahora tenía algo sólido de donde partir. Pero no podía dejar a Veronique, de manera que no le quedó más remedio que aguardar la llegada de su ayudante.

Poco antes de la llegada de éste, la muchacha murmuró:

—Piensas que soy despreciable, ¿verdad, Frank?

—Depende de las circunstancias, y me has prometido contarlas desde el principio. No obstante, creo por adelantado que te obligaron mediante alguna clase de chantaje a que colaborases con ellos. ¿Fue así como lo hicieron?

—Sí...

—Eso es cuanto quería saber por el momento.

La llegada del agente cortó el diálogo. Rápidamente, Frank le dio instrucciones concisas de cuál debería ser su cometido durante su ausencia, tras lo cual se despidió de Veronique y abandonó el apartamento con tanta celeridad como si le persiguieran.

Realmente, era cierto que le perseguían multitud de acuciantes sospechas que urgía comprobar.

Después de apretarle los tornillos al tal Jules, como es natural.

CAPÍTULO X

Jules había sido internado en el Hospital de San Martín, bajo custodia policíaca. Había sido preciso someterlo a una intervención quirúrgica de urgencia, de manera que cuando, dos horas más tarde, Frank Murdock pudo localizarlo, el herido estaba completamente inconsciente, bajo los efectos de la anestesia.

No obstante, y tras mostrar un pase especial a los dos gendarmes apostados en el pasillo, entró en la habitación y permaneció unos minutos contemplando la pálida cara del traidor.

Un sentimiento de repugnancia y odio se agitó en el interior del agente de la CIA. Podía llegar a sentir cierto respeto por los agentes enemigos. Al fin y al cabo, arriesgaban el pellejo por su patria. Pero aborrecía furiosamente a esos traidores que vendían la suya por un puñado de dinero, sucio de sangre.

Impotente ante aquel hombre inconsciente, Frank abandonó la habitación dominado por la impaciencia. En el pasillo, hablando con los dos gendarmes, había un hombre obeso que le miró con interés.

—Permítame —dijo el desconocido con voz calmosa—. Soy el comisario Armenieu, de la Policía Judicial.

—Mi nombre es Murdock. Creo que la autorización para visitar al herido está firmada por usted.

—En efecto. Me ha sido solicitada por el Bureau, lo cual me permite comprender las implicaciones de este asunto. ¿Conoce usted al hombre herido, señor Murdock?

—Todo lo que sé de él es que se llama Jules. Tengo sumo interés en formularle algunas preguntas.

—No es usted el único —sonrió el comisario.

Frank había oído hablar de aquel policía, rechoncho y de aspecto bonachón. Pero también todos los hampones de los barrios bajos conocían su nombre, y para ellos, era como el mismo diablo.

—Supongo —aventuró el comisario—, que si le pregunto los detalles de este suceso no obtendrá más que evasivas.

—Usted sabe cuál es mi trabajo, por lo tanto, conoce cuál debe ser mi actitud en un caso de esta naturaleza.

—Ya lo suponía —dijo—. ¿Se propone interrogarlo tan pronto despierte?

—Por supuesto. Cada minuto que pasa es de capital importancia para mí.

Armenieu se encogió de hombros filosóficamente.

—Quizá sea lo mejor para nosotros. Nos ahorrarán trabajo. Ya tenemos suficiente con nuestros problemas habituales. No obstante, si necesita cualquier ayuda no vacile en pedírmela, señor Murdock.

—Gracias, comisario.

Frank se alejó, buscando un lugar donde poder fumar en paz. Ocupó la siguiente media hora en reflexionar a fondo en el problema. Sabía ya cómo y por qué el profesor había accedido a seguir las instrucciones de los agentes enemigos. También estaba razonablemente seguro de que no había abandonado la ciudad. Si la suerte se mostraba favorable en su interrogatorio a Jules quizá todavía podrían tener esperanzas de arrancar a Ellison de las garras de los rusos.

Cuando volvió al pasillo vio que el comisario había desaparecido. Mas, al disponerse a preguntar por él, uno de los guardianes le informó:

—El comisario Armenieu está en la habitación, señor.

—¿Ha despertado ya el herido?

—Todavía no.

Entró. El rechoncho hombrecillo estaba sentado en la única silla, que había colocada a la cabecera de la cama. Lo vio inclinarse hacia el herido, cuando éste emitió un apagado murmullo.

—Delira —dijo el policía.

—¿Ha dicho algo de interés?

—Sólo he podido capear un par de frases sueltas. Se refería a un tren, a algún tumulto provocado o algo así. Y también ha murmurado un nombre extraño: Subanoff.

Frank se estremeció de pies a cabeza. ¿Sería posible?

—¿Algo más, comisario? —inquirió, esforzándose por demostrar una calma que estaba muy lejos de sentir.

—Nada en absoluto. Esos tres temas parecen obsesionarlo.

—No tardará mucho en estar obsesionado por otros bien distintos —rezongó Frank, añadiendo—: ¿Le importaría dejarme a solas con él?

—En absoluto. Es todo suyo, amigo...

Levantándose, salió de la habitación seguro de que el americano iba a perder lastimosamente el tiempo. Por lo que él conocía de esa clase de tipos, no lograría arrancarle una sola palabra.

Tal vez para contemplar el fracaso del agente extranjero, decidió aguardar el resultado del interrogatorio, de manera que se quedó en el pasillo, fumando cigarrillos y conversando con los gendarmes de cara de palo.

Transcurrió otra media hora. De repente, un quejido agónico atravesó la puerta de la habitación. Armenieu pegó un respingo. Los dos policías de guardia se miraron, atónitos.

Todavía estaba bajo los efectos de la primera impresión cuando el lamento se repitió, esta vez más débil. El comisario se dirigió a la puerta, alarmado.

No chocó contra el amplio tórax del americano gracias a que éste retrocedió un paso para que él pudiera entrar.

El herido gemía débilmente en la cama. Las ropas que lo cubrían parecían más arrugadas que anteriormente. Los dos hombres quedaron mirando, el comisario con cierto asombro, Frank burlonamente.

—¿Y bien? —Gruñó Armenieu.

—He terminado. Me ha dicho todo lo que esperaba oír y algunas cosas más. Se lo cedo, comisario. Pero no descuide la vigilancia.

Atónito, vio cómo el hombre de la CIA se alejaba por el pasillo andando apresuradamente. Entonces se acercó a la postrada figura de la cama y tropezó con unos ojos turbios y cargados de terror. ¿Qué demonios le habría hecho Frank Murdock?

Decidió aprovechar el tiempo y formuló algunas preguntas a Jules. Pero éste había cerrado la boca y no parecía que fuera a abrirla en todo lo que le restaba de vida.

Fastidiado, el comisario abandonó el hospital más desconcertado que a su llegada.

CAPÍTULO XI

La mirada del viejo chispeaba como si le hubieran inyectado dosis masivas de energías y juventud. Con los dientes apretados masculló:

—Así que Subanoff está en París...

Murdock se encogió de hombros.

—Por lo menos, Jules sabe que llegó a Francia hace unos días. Pero podremos ocuparnos de él cuando hayamos decidido qué nos queda por hacer en el asunto de Ellison. Sabemos que van a meterlo en el tren de las nueve con rumbo a Viena. Por lo menos, sus billetes son para esa ciudad. ¿Qué sugiere usted, señor, acción directa?

—De ningún modo. Sería poner en peligro la vida del profesor. Además, sabiendo que a pesar de nuestra vigilancia pueden llegar hasta la señora Ellison debemos andar con pies de plomo. Ningún riesgo que pueda preverse debe ser pasado por alto.

—Muy bien, supongamos que dejamos embarcar a nuestro hombre. ¿Cómo podremos protegerlo antes de que pase la frontera, y al mismo tiempo garantizarle que su mujer no sufrirá las consecuencias de nuestra intervención?

—Ése es el problema que debemos solucionar, Frank. ¿Usted cree realmente que van a trasladarlo a Viena?

—Es cosa difícil de presumir... Viena está muy cerca de la frontera de Hungría. No sería al primer hombre a quien han trasladado por ella.

—Pero no llevándolo desde París. Hay una trampa en alguna parte.

—¿Trampa? Estoy seguro de que Jules me ha dicho la verdad. En sus condiciones no podía hacer otra cosa a menos que quisiera... Nada —masculló, cortando el tema—. ¿Cuál es su idea, señor?

—Carezco de ninguna idea al respecto, pero es indudable que

sólo nos quedan unas horas para desbaratar los planes de esa pandilla de criminales. O atacamos directamente, arrebatándoles al profesor, exponiéndonos a que cumplan su amenaza contra la esposa de éste, o les permitimos creer que nos han burlado, esperando a asestarles el golpe final cuando lleguen a la frontera.

—Todo es bastante arriesgado, señor.

—Ya lo sé. Pero estoy seguro de que no piensan llegar a Viena... Si Subanoff viajase en ese tren...

—¡Oh, maldita sea! Olvídese ahora del pez gordo. ¿Por qué no dobla la vigilancia alrededor de la mujer, para tener nosotros las manos libres?

—¿Sabemos acaso quién es el traidor que ya consiguió llegar hasta ella? Ya ha oído usted lo que nos han dicho por teléfono hace sólo unos minutos. Fue una enfermera quien le pidió la nota para su marido, con la excusa de que venía a París... Y esa enfermera ha desaparecido. No creo que fuera ella su cabeza de puente dentro de la clínica. Eso sería impropio de Subanoff.

—¿Por qué?

—Nunca permite a uno de sus agentes trabajar solo. Necesita asegurarse de su fidelidad, de manera que coloca a otro espía, encargado de controlar los actos del primero. Incluso en ocasiones utiliza un tercer elemento de menor valía, el cual está destinado a ser sacrificado a la menor dificultad. Eso da ocasión a los otros dos, más valiosos, de ponerse a salvo.

—Una táctica endiablada.

—Mire, siendo Subanoff el que ha organizado la jugada, estoy dispuesto a creer que hasta los médicos de la clínica están a su servicio. Es capaz de eso y de mucho más... lo cual nos obliga a ser exclusivamente precavidos.

—Está bien, supongamos que usted está en lo cierto, y que se proponen despistarnos con sus billetes para Viena. Eso indicaría que piensan abandonar el tren en algún punto de su recorrido.

—Ésa es mi idea.

—¿Y luego?

—Cualquiera sabe. Pueden ocultarse otra vez en una granja. O cambiar de rumbo y seguir el viaje en trenes de más corto trayecto, o en auto.

—Bien, sólo se me ocurre una solución, señor.

—Expóngala si cree que vale la pena.

—Yo tomaré el mismo tren que el profesor y sus guardianes. Naturalmente, sin dejarme ver. Así estaré en condiciones de seguirlos, e incluso de intentar librarlo, si veo que abandonan el tren. ¿Qué le parece?

—Demasiado arriesgado. Debemos cubrir todas sus posibles rutas de escape. Si usted los pierde jamás volveremos a tener la oportunidad de rescatar al profesor.

Frank lanzó un juramento.

—Entonces, consiga usted un helicóptero, señor y una flota de coches equipados con radio. Con todo ese material a mis órdenes nadie que trate de abandonar el tren en ruta podrá escapar, y al mismo tiempo capturaremos a cuántos intervengan en la operación, cosa imposible de conseguir a bordo del convoy debido a que desconocemos a nuestros enemigos.

—¿Y no quiere también una flota de guerra, Frank? —rezongó el viejo.

—No mientras no lleguemos a la costa —replicó el agente con ironía.

—De nuevo tendría que recurrir al Deuxième Bureau. Acabarán por mandarnos al demonio.

Para acabar de decidirle, el joven añadió:

—Además, con estos medios a nuestra disposición, incluso Subanoff caerá en nuestras manos si va en el tren, para escoltar personalmente al profesor.

—Eso sería magnífico. ¿Cuántos coches cree que se necesitarían, muchacho?

—No lo sé. Quiero estudiar el mapa de carreteras para conocer perfectamente las más cercanas a las vías del tren. ¿Debo entender que acepta mi sugerencia, señor?

—Exactamente. Colocaremos a dos de nuestros hombres a bordo del convoy, uno de ellos equipado con un emisor portátil. Deberá comunicar cualquier anomalía que observe. Así tendremos enlaces en plena ruta. Espero que todo salga bien... y que se percate usted de la importancia de esta misión.

—Bien, señor. Voy a buscar un mapa detallado de carreteras y entre tanto usted podrá pedir los efectivos que necesitamos. Deben estar concentrados dos horas antes de la salida del tren.

El veterano jefe de Frank permaneció unos segundos pensativo, fumando calmamente un cigarrillo. Hasta que, de repente, masculló:

—Si podemos capturar a Subanoff será un digno remate de un asunto que ha estado a punto de convertirnos en el hazmerreír de todo el mundo.

—Está bien, siga con su idea fija. ¿Qué otros datos han reunido sobre la oveja negra de la familia Saint-Hubert?

—¿Todavía sigue usted con las mismas?

—No puedo quitármelo de la cabeza. A pesar de que Veronique dice que le indicaron la conveniencia de utilizar ese nombre, no cabe en la cabeza que lo hicieran gratuitamente. Hay alguna relación en alguna parte.

—No seas terco. Es un tipo con menos sesos que un mosquito. No emplean a esa especie de inútiles en nuestra profesión. Todo su horizonte se limita a las mujeres y a viajar a cuenta de los demás.

—Incluso así... Me gustaría ver su pasaporte.

—Tonterías. Es sobradamente conocido en París. Y referente a propiedades, no tiene ni una sola a su nombre. De haberla tenido, hace mucho tiempo que la hubiera vendido para disponer libremente del dinero. Nunca tiene bastante.

—En fin, ya seguiré pensando en él con más calma en otra ocasión. Si no tiene nada más que disponer, voy a marcharme, señor.

—Únicamente, Frank, que deseo examinar su plan de campaña tan pronto lo tenga dispuesto.

—De acuerdo... Encárguese de conseguir mi pequeño ejército entre tanto...

Con un poco de suerte sería una buena redada. La excitación de la próxima acción fue apoderándose de Murdock a medida que pasaron las horas, pero no por eso descuidó su plan de campaña, tal como lo había calificado su jefe.

Un tipo testarudo el viejo, se dijo.

El profesor acabó de cerrar la pequeña maleta, dejándola en el suelo descuidadamente. Suspiró. Sabía que estaba atrapado, pero el recuerdo de su esposa le dio nuevos ánimos para enfrentarse al negro destino que le aguardaba.

Encendió un cigarrillo con la colilla del anterior. Dio un vistazo

a la habitación para asegurarse de que no olvidaba algo de interés para él y después sentóse en el lecho, abatido y triste. Sus pensamientos volvían siempre a la esposa enferma, interna en aquella clínica lejana donde estaba a merced de aquellos asesinos sin conciencia ni piedad.

No advirtió la entrada de Yuzovsk hasta que oyó la voz meliflua del ruso:

—¿Todo preparado, profesor?

—Sí.

Yuzovsk rió, burlón y sacó un sobre del bolsillo.

—Le he traído noticias de su esposa. Espero que le sirvan de acicate para no cometer errores a última hora.

Ellison se levantó de un salto. Sus manos temblaban cuando se apoderó del pequeño sobre, cuyo contenido leyó ávidamente.

Como si viniera de muy lejos, escuchó el comentario del ruso:

—Ya ve que las noticias son buenas. La salud de su esposa mejora día a día... Sería lamentable que sufriera un súbito empeoramiento. ¿No cree?

Ellison no pronunció una palabra. No hubiera podido hablar, aunque lo hubiese intentado. Un sospechoso velo se interpuso entre sus ojos y las temblorosas líneas escritas en aquel trozo de papel. Pero recordó las amenazas que le habían formulado, detallándole lo que le harían a su querida enferma si él se negaba a acompañarlos. Se estremeció. No tenía escapatoria posible.

Cuando recobró la calma, estaba otra vez solo en el dormitorio, con la puerta cerrada. Acercándose a la ventana, contempló el melancólico paisaje del jardín abandonado. Pensó que ya nunca más volvería a ver el cielo de Francia, ni las ciudades de su patria, ni sus gentes apresuradas... Tal vez, ni siquiera a su esposa.

Pero sabría que ella había salvado la vida gracias a su sacrificio.

Ese pensamiento le procuró un débil consuelo. Se apartó de la ventana andando como un viejo de mil años.

CAPÍTULO XII

Exteriormente, los coches no se diferenciaban de los corrientes en ningún detalle. Los cinco eran de distinto color, e incluso había uno de tipo deportivo. Estaban aparcados detrás de un viejo edificio ocupado por innumerables oficinas de firmas comerciales y sólo en uno de ellos dormitaba un hombre insignificante, con la cabeza apoyada en el respaldo.

Sin embargo, en una de las oficinas, varios hombres luchaban por dominar la creciente tensión de la espera.

Sobre la mesa había un gran mapa de carreteras desplegado. Frank y cuatro agentes más, todos ellos pertenecientes al Bureau francés, se inclinaban trazando los últimos detalles de las rutas a seguir.

Todo estaba preparado, estudiado en los menores detalles cual si se tratara de una gigantesca batalla militar. Sólo un imprevisto podía dar al traste con una operación tan minuciosamente calculada.

A las ocho en punto, los hombres murmuraron una despedida y se marcharon a ocupar sus coches, para dirigirse seguidamente hacia los lugares elegidos en las distintas carreteras, para aguardar allí las indicaciones de los que desde el tren y también desde el helicóptero les guiarían con tanta seguridad como si llevasen ellos el volante.

Sólo quedaron Frank y un muchacho joven y delgado, de ojos oscuros y expresión ingenua.

Frank dobló el mapa, plegándolo cuidadosamente.

—Podemos marcharnos también, Jean —masculló—. Esperemos que todo salga bien.

En silencio, descendieron las escaleras, pero en lugar de dirigirse a la parte trasera del edificio, salieron por la puerta principal.

Al instalarse en el coche que les aguardaba, el joven piloto

comentó:

—Presiento que va a ser una noche muy movida, Murdock.

Éste dejó de contemplar una fotografía que había sacado del bolsillo.

—Es lo más seguro —dijo, distraídamente.

Volvió a mirar los rasgos de aquella cara de facciones abotargadas y ojos porcinos. Representaban a un individuo de unos treinta años, tal vez algunos más, cuyos rasgos estaban marcados por los estigmas de todos los vicios. Una boca débil sobre un mentón hundido contribuía a formar la desagradable impresión de repugnancia.

No obstante, era el descendiente de una de las más encumbradas familias de la aristocracia francesa...

Los Saint-Hubert.

Con un suspiro, Frank guardó otra vez la fotografía y contempló las luces de París deslizándose raudas al otro lado de las ventanillas.

A las nueve en punto estarían volando a bordo de un ligero helicóptero. Instintivamente, su mano acarició la culata de la pistola automática Webley Scott 45 de largo cañón. Era un arma de mayor alcance que la Mauser debido al prolongado cañón. Y para lo que iba a servirle no necesitaba silenciador alguno.

El tren dejó atrás las calles de la ciudad y el tremendo alboroto que había estallado en los andenes de la estación, pocos minutos antes de la hora de la partida. Todos los policías disponibles habían sido pocos para contener a los vociferantes revoltosos, cuyos gritos nadie entendió, ni nadie pudo saber exactamente qué demonios reclamaban, o de qué protestaban.

Al internarse en la oscura campiña, la locomotora emitió un corto y ronco silbido. El convoy ganó velocidad.

En la plataforma del último vagón, un hombre fumaba contemplando la oscuridad que parecía tragarse la noche a medida que las luces del tren avanzaban raudas. Aquí y allá, brillaba la ventana de una casa aislada, de un caserío lejano, de un pueblo por el que el tren de lujo pasaba sin detenerse.

Otro hombre taciturno, encerrado en el compartimento del jefe del tren, daba los últimos ajustes a una emisora portátil, ante los preocupados ojos del responsable del convoy, que veía turbarse la placidez de su viaje rutinario.

En el penúltimo vagón, dentro de un compartimento de butacas de lujo, el profesor Ellison miraba por la ventanilla con ojos velados. Hubiera podido pensarse al verlo que eran los ojos de un ciego.

Frente a él, cómodamente retrepado en una butaca, Yuzovsk turnaba un largo cigarrillo en actitud placentera. Daba la sensación de estar gozando de un viaje de placer.

Pero había otro hombre allí dentro, un escuálido individuo de ademanes ágiles, facciones de asceta y ojos brillantes, obsesivos como los de un loco. Desde que se había reunido con ellos, no había despegado los crueles labios. El profesor rehuía su mirada como si fuera la de una serpiente.

No obstante, al fin fue la voz de ese desconocido la que se dejó oír dentro del reducido compartimento.

—Ahora ya puedo darte las últimas instrucciones, Yuzovsk... y preste usted atención también, profesor, porque detesto repetir mis órdenes.

Ellison volvió la cabeza. Se estremeció al sentir la fulgurante mirada de aquel hombre. Yuzovsk se olvidó de su aromático cigarrillo y escuchó.

El hombre explicó entonces:

—Como es de suponer, no tengo la esperanza de que pueda usted llegar a Viena a bordo de este tren, profesor. No lograríamos sacarlo de la frontera sin ser descubiertos... En lugar de eso saldrá usted de Francia a bordo de un pequeño avión deportivo, con matrícula francesa. Usted y Yuzovsk abandonarán el tren en un lugar determinado. Ustedes dos serán los únicos tripulantes del avión, ya que no permite más de dos plazas... de manera que yo seré el único que en verdad llegará hasta Viena por ferrocarril. Una vez allí no tendré dificultad alguna.

Yuzovsk removiose, intranquilo.

—¿No teme que puedan descubrir su identidad en la frontera, coronel?

—Todo está previsto —se limitó a responder el ascético individuo.

Tras esto, recostóse en su butaca y cerró los ojos, como si se dispusiera a gozar de un bien ganado descanso.

Después de todo, tal vez fuera así.

El joven Jean pilotaba el helicóptero con mano experta y segura. A su lado, Frank escrutaba las tinieblas que se extendían debajo del aparato como un mar de tinta. De pronto exclamó:

—Allí está, muchacho. Abajo.

El tren semejaba un pequeño gusano luminoso. Daba la sensación de que estaba inmóvil debido a que corría en la misma dirección que el aparato. El piloto comenzó a descender suavemente. El gusano de luz aumentó de tamaño.

Frank manipuló el transmisor de radio hasta conseguir ajustar la longitud de onda.

—Cuarenta minutos de marcha —dijo con voz monótona—. Estamos sobre el objetivo, descendiendo. Cambio. Adelante «Uno».

Una lucecita verde cambió a encarnada. Hubo unos chasquidos y luego una voz metálica, la del agente que viajaba a bordo del tren, informó:

—Todo bien. Sin novedad el «Uno». Estamos tratando de localizar a los sujetos.

—No se arriesguen. Ellos no deben verlos —advirtió Frank.

Cortó la comunicación. Escalonadamente, fue repitiendo la situación a los ocupantes de los cinco coches que rodaban por todas las rutas cercanas o paralelas a la vía férrea.

Tenía la desagradable sensación de estar encerrado en un frágil huevo que flotaba en el espacio. Sólo el ruido del motor disipaba esa ilusión. Le hubiera gustado más viajar a bordo de cualquiera de los autos que dentro de aquel ruidoso pato volador.

—Ya está bien así —advirtió al piloto—. Si nos acercamos más corremos el riesgo de ser descubiertos. No pueden apearse con el tren en marcha. Mantenga esta altura.

Se recostó en el asiento. Ni un segundo perdía de vista las brillantes luces del convoy en el cual, ahora ya estaba seguro, viajaba el terrible coronel Subanoff, la pesadilla del viejo...

El encargado del transmisor del tren apareció sobre la plataforma del último vagón. Su compañero arrojó la colilla del cigarrillo, que se perdió entre una lluvia de chispas arrastrada por el viento.

—Una hora de viaje y no sucede nada —masculló—. Me pregunto si no estaremos perdiendo el tiempo...

—¿Has visto a alguien sospechoso?

—No, pero no he podido asomar las narices en los compartimentos cerrados. Deben estar en alguno de ellos... si es que están a bordo.

—Sin duda están aquí. Ya has visto que lo del alboroto en los andenes ha resultado cierto.

El pequeño transmisor-receptor emitió un débil latido, casi imperceptible. El hombre manipuló en él y seguidamente habló:

—Número «Uno» a la escucha, cambio.

La voz metálica de Frank dijo:

—El tren se acerca a una densa arboleda. Atención. Puede ser un lugar ideal para una escapada. La arboleda tiene como media milla de espesor, tras la cual discurre la carretera y luego extensos campos. Comuniquen cualquier movimiento sospechoso en el tren. Corto.

—Bueno, así vamos a estar todo el viaje a menos que...

Una brusca sacudida los arrojó uno contra el otro. Una oscura masa de árboles se deslizaba a ambos lados del convoy.

—¿Qué demonios?

La sacudida se repitió, mucho más violenta, y los frenos chirriaron al ser aplicados por el aparato automático de alarma. Hubo un estruendo de todos los demonios, mientras el encargado del transmisor luchaba por mantener el equilibrio, manipulando en el aparato al mismo tiempo.

—¡Atención, atención! Informa número «Uno». El tren se ha detenido. Han tirado de la alarma. ¡Atención, atención, acusen escucha!

La voz seca de Frank gritó por el receptor:

—¡Van a abandonar el tren! Traten de seguirlos si les es posible hacerlo sin arriesgar la seguridad del profesor. Abandónenlos si son descubiertos... allá vamos nosotros. Corto.

Los dos agentes oyeron lejano el zumbido del helicóptero. No se entretuvieron ni un segundo en saltar fuera de la plataforma.

Cuando se hundían en la arboleda, uno de ellos gruñó:

—Imagina que quedemos abandonados aquí... menuda caminata...

En alguna parte cercana, alguien echó a correr. Ellos trataron de seguir del rumor de aquellos pasos.

CAPÍTULO XIII

—¡Abajo, abajo! —grito Frank.

El aparato descendió raudo. Las luces del tren aumentaron de tamaño tan rápidamente que por un instante pareció que iban a desplomarse sobre ellas.

—¡Allí están!

Dos hombres acababan de atravesar el pequeño claro que separaba la vía de la espesura.

—¡Y allí, al final de tren, mire! —gritó el piloto.

—Son los nuestros. Manténgase a esta misma altura. Tendrán que salir de la arboleda, pero deberemos utilizar las bengalas o no podremos verlos sin las luces del tren para iluminarlos.

—Mal asunto. Descubriremos nuestra presencia.

Frank estableció comunicación con todos los coches, dándoles instrucciones para que convergieran sobre el punto en que los dos hombres habían desaparecido.

—Está la carretera de Beaumont muy cerca. Ellos deberán atravesarla. Intenten llegar antes para cerrarles el paso.

—¿Lanzamos una bengala? —preguntó Jean.

—Espere, no tienen tiempo de haber atravesado la arboleda...

Dejó pasar casi cuatro minutos más. Vio cómo el tren reanudaba su marcha y cobraba velocidad. Soltó un gruñido.

—¡Ahora!

La bola de cegadora luz descendió lentamente convirtiendo la noche en día en un gran radio alrededor. Inclinado hacia delante, Frank escrutaba las sombras de los árboles cercanos a la carretera.

—¡Más bajo, Jean, más bajo...!

—¿Quiere que cortemos las cepas de los pinos acaso?

—¡Mire... allá van!

Dos sombras acababan de atravesar la carretera. Casi inmediatamente, descubrieron un camino que se internaba en el

llano, y por él se lanzó un *jeep* en el que iban dos hombres.

—¡Maldita sea! Nuestros coches no podrán alcanzar jamás a un *jeep* por estos caminos de barro...

—Podemos tratar de detenerlos nosotros, Murdock... si se hace responsable del aparato.

—Vamos a intentarlo.

El motor rugió como un gigantesco y furioso abejorro. El helicóptero se ladeó, descendiendo como una piedra. Frank notó el estómago encabritársele hasta golpear en su garganta.

El *jeep* pareció subir a su encuentro como una centella. El conductor debió perder la serenidad, porque empezó a dar bandazos de un lado a otro del desigual camino.

—¡Están luchando! —exclamó el piloto de repente.

Era cierto. Las dos pequeñas figuras que ocupaban el vehículo se debatían salvajemente, sin preocuparse de la marcha del coche.

De pronto, y a la luz de la bengala que casi rozaba el suelo, vieron a una de las dos figuras humanas salir despedida del vehículo, rodar sobre el polvo y, finalmente, quedar inmóvil.

—¡Condenación! ¿Cómo sabremos cuál de los dos ha caído?

Como si quisieran darles una clara respuesta, en el transparente cascarón de la carlinga apareció un estallido de estrías.

—¡Eh, nos están disparando! —exclamó Jean—. ¡No es el profesor quien va en el *jeep*! Duro con él, Murdock...

Excitado por la salvaje cacería, Jean obligó al aparato a descender todavía más. Un nuevo balazo se estrelló contra la cubierta. Frank acababa de abrir la portezuela de su lado y empuñaba la potente Webley Scott.

—Vamos a ver si aproveché las lecciones de tiro.

Los estampidos de la gran automática dominaron momentáneamente el rugido del motor. Disparó bala tras bala, implacablemente, mientras la distancia que los separaba del *jeep* disminuía por instantes.

—¡Otra bengala, Jean!

Cuando la luz descendió, chisporroteante, vieron que la lucha había terminado. El *jeep* acababa de saltar fuera del camino y parecía encabritarse. Al fin dio un salto despidiendo el cuerpo inerte de su ocupante, y se aplastó contra la tierra estrepitosamente entre una nube de polvo.

—El tipo no se mueve —dijo Jean, pasando tan cerca de la forma oscura del hombre que pudo apreciar perfectamente el extraño ángulo de su cabeza.

Frank masculló:

—Podemos olvidarnos de él por el momento. Tiene el cuello roto... y más de un balazo en el cuerpo. Volvamos a por el profesor.

—¿Tengo que aterrizar?

—No, sólo asegurarnos de que está allí para indicar su posición a los coches. Ellos se encargarán de prestarle auxilio.

—¿Y nosotros, qué demonios tenemos que hacer?

—Alcanzar el tren.

—¿Cómo?

—No discuta, muchacho. Tenemos que alcanzar el tren y adelantarlo para llegar a Beaumont antes que él. Es la única parada que efectúa en más de cien kilómetros.

—¿Pretende subir a él?

—Justamente.

—¡Que me aspen! Bueno, allí está el otro... y uno de los coches entra ya en el camino.

—Regádeles otra bengala, sólo para que no atropellen al caído, y larguémonos de aquí. Les daré instrucciones mientras volamos, de manera que saque toda la velocidad posible a su pato, Jean.

El muchacho rió por lo bajo. Tal como había supuesto al empezar el jaleo, aquélla estaba resultando una noche divertida.

El tren permaneció en la estación de Beaumont exactamente medio minuto. Después reanudó su veloz carrera, llevando un pasajero más a bordo.

Frank Murdock se deslizó por el pasillo hacía un determinado compartimento, sobre cuya puerta dio unos golpecitos. Cuando se abrió, la ancha cara del comisario Armenieu se iluminó con una sonrisa de bienvenida.

—Presumo que todo ha salido bien, ya que está usted aquí.

—Creo que sí. Falta saber el estado del profesor.

Mirando por encima del hombro del comisario, Frank descubrió a los dos gendarmes, cómodamente instalados en los regios butacones.

—Se ha terminado la comodidad —dijo—. Vamos en busca de nuestro pájaro.

Empezaron por el último vagón. Los dos gendarmes pedían cortésmente la documentación a todos los pasajeros masculinos, la examinaban en un segundo y la devolvían casi con el mismo movimiento con que la habían tomado. Sabían bien lo que andaban buscando.

Armenieu se mantenía detrás de sus dos hombres, con la expresión más beatífica que nunca, satisfecho de haber podido meter la nariz en aquel apasionante asunto. Claro que un agente americano no tenía autoridad para solicitar los documentos a los franceses, en un ferrocarril francés precisamente.

Ésa había sido su suerte.

No obstante, cuando hubieron comprobado que el hombre a quien buscaban no estaba en el vagón, masculló:

—¿Está usted seguro de que viaja en el tren, Murdock?

—Razonablemente seguro...

—Hummm...

Iniciaron la búsqueda en el vagón siguiente. En un compartimento viajaba un hombre solo, pálido y con rostro de asceta...

—¿Los documentos? —exclamó al ver aparecer los dos policías—. Con mucho gusto.

Su acento era claro y perfecto. Frank Murdock tensó los músculos. El gendarme que había tomado la documentación preguntó:

—¿Su nombre es Pierre Saint-Hubert, señor?

—En efecto. ¿Necesita también el pasaporte?

Armenieu apareció entonces, apartando a sus hombres a ambos lados de la estrecha puerta.

—Deberá acompañarnos usted —dijo con voz recia—. Acusado de atentado contra la seguridad de la nación.

—¿Cómo se atreve...?

Desde el pasillo, Frank aguardaba. Sabía que aquello estaba resultando demasiado fácil. Algo tenía que suceder.

Dentro del compartimento hubo un centelleante revuelo. La voz alterada del comisario aulló:

—¡Guarde ese revólver! Será peor para usted resistirse a la Ley...

—Una vez muertos ustedes no habrá ley que pueda alcanzarme, estúpidos.

Uno de los gendarmes estaba empezando a sacar la pistola cuando Frank lo apartó de un empujón, seguro que si seguía allí era hombre muerto.

El lugar del agente lo ocupó su mano con la enorme automática. Apenas si pudo distinguir un escolto del coronel Subanoff, casi cubierto por la voluminosa humanidad del comisario. Tuvo que disparar temerariamente, rogando a los dioses que velasen por la integridad física del policía.

Vio al ruso contraerse violenta y grotescamente, rebotando contra la ventanilla, cuyo cristal saltó en pedazos. No obstante, el coronel luchó con la muerte con salvaje energía. No quería morir sin lucha...

La segunda bala acabó de abatirle. Sólo entonces dejó escapar de sus inertes dedos el revólver que empuñara.

Armenieu secóse el sudor de su frente. Frank avanzó y, con el pie, dio la vuelta al cuerpo del hombre que, hasta ese día, había sembrado el terror a lo largo y ancho de Europa.

—El viejo podrá respirar satisfecho —comentó entre dientes.

—¿Qué viejo? —balbuceó el comisario.

No obtuvo respuesta. Sólo hasta mucho más tarde, Frank no pareció dispuesto a hablar, en respuesta a una pregunta del comisario.

—Sospechaba de Saint-Hubert... Era demasiado perfecto incluso en su papel de crápula. Demasiados viajes sin motivo ni razón aparente. Pensé que cualquiera, con su pasaporte rebosante de visados de entrada y salida en casi todos los países de Europa, sólo tendría que cambiar la fotografía para tener una segura vía de escape... Y cuando supe que el coronel Subanoff estaba en París para ultimar la operación de captura del profesor comprendí que yo había acertado. Saint-Hubert era una marioneta en manos de los agentes del coronel.

—Pero me gustaría saber cómo estaba usted tan seguro de que viajaba en ese tren.

—En primer lugar, conocía los métodos de Subanoff. No dejaría en manos de segundos el remate de su brillante operación. Y, en segundo lugar, comisario, Saint-Hubert no tomó este tren ni pudo exhibir su pasaporte. En consecuencia, fue detenido por uno de los muchachos del Bureau.

—Comprendo... Lástima que haya tenido que matarlo, ¿eh, Murdock?

—Vivo hubiera ofrecido más dificultades. Además, al viejo no le importará que esté muerto... hasta es capaz de darme unas vacaciones extraordinarias...

—¿Para qué demonios quiere usted vacaciones? Viaja continuamente de un lado a otro, se divierte... ¿para qué las necesita?

—Bueno, quiero llevar a cierta muchacha a un crucero de placer. Para que olvide, usted sabe...

—¿De qué está hablando ahora?

—De mi recompensa, comisario. Está esperándome debidamente custodiada por uno de mis camaradas...

Armenieu enarcó las cejas. Decididamente, jamás entendería a los hombres como Murdock...

Una recompensa a la que llevar a un crucero de placer. Y custodiada.

Estaba loco, decidió, desentendiéndose del asunto.

Mas, si hubiera conocido a Veronique, no se hubiera desentendido de ella tan fácilmente. A fin de cuentas, era la recompensa en cuestión.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pías. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

